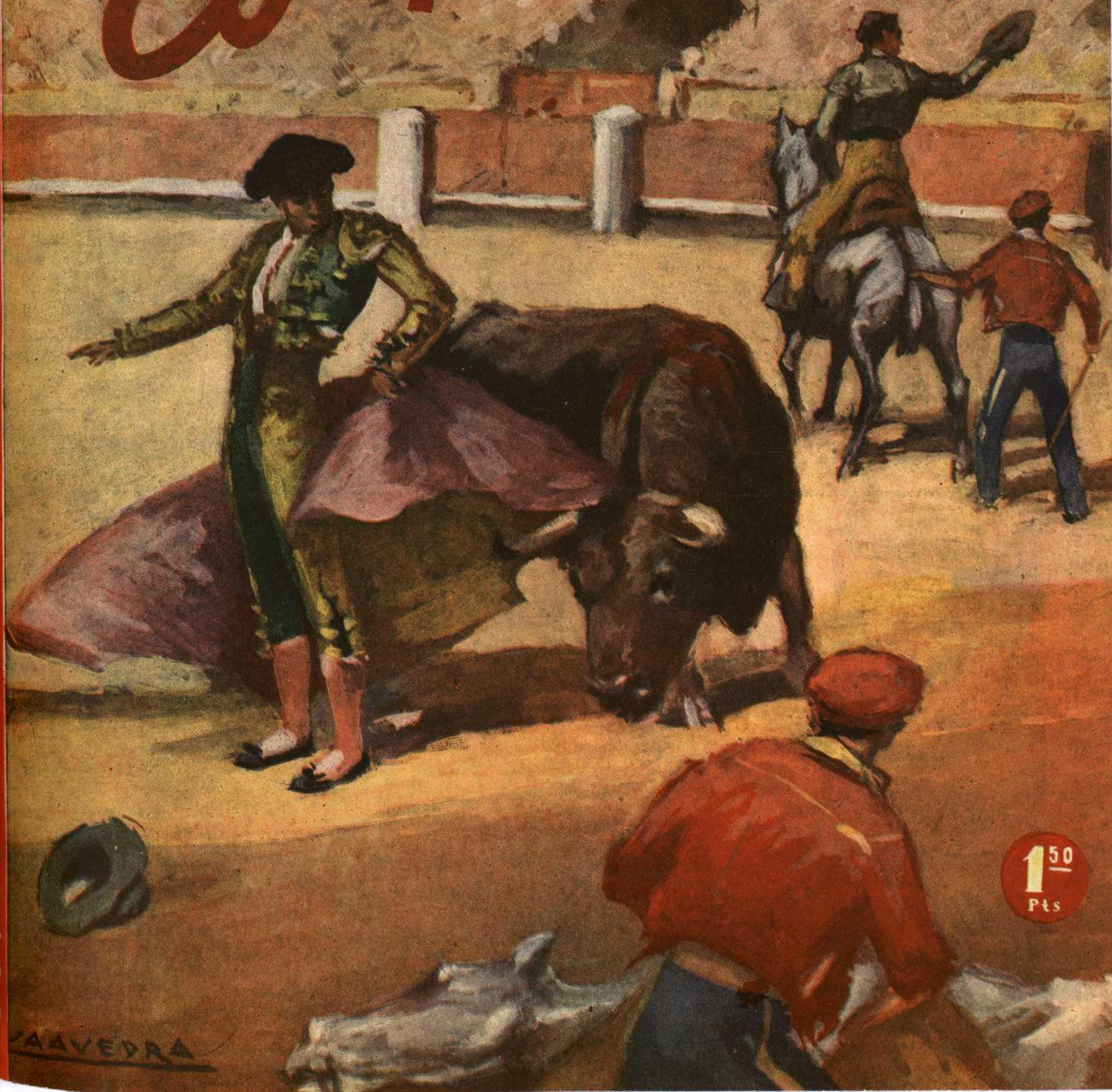
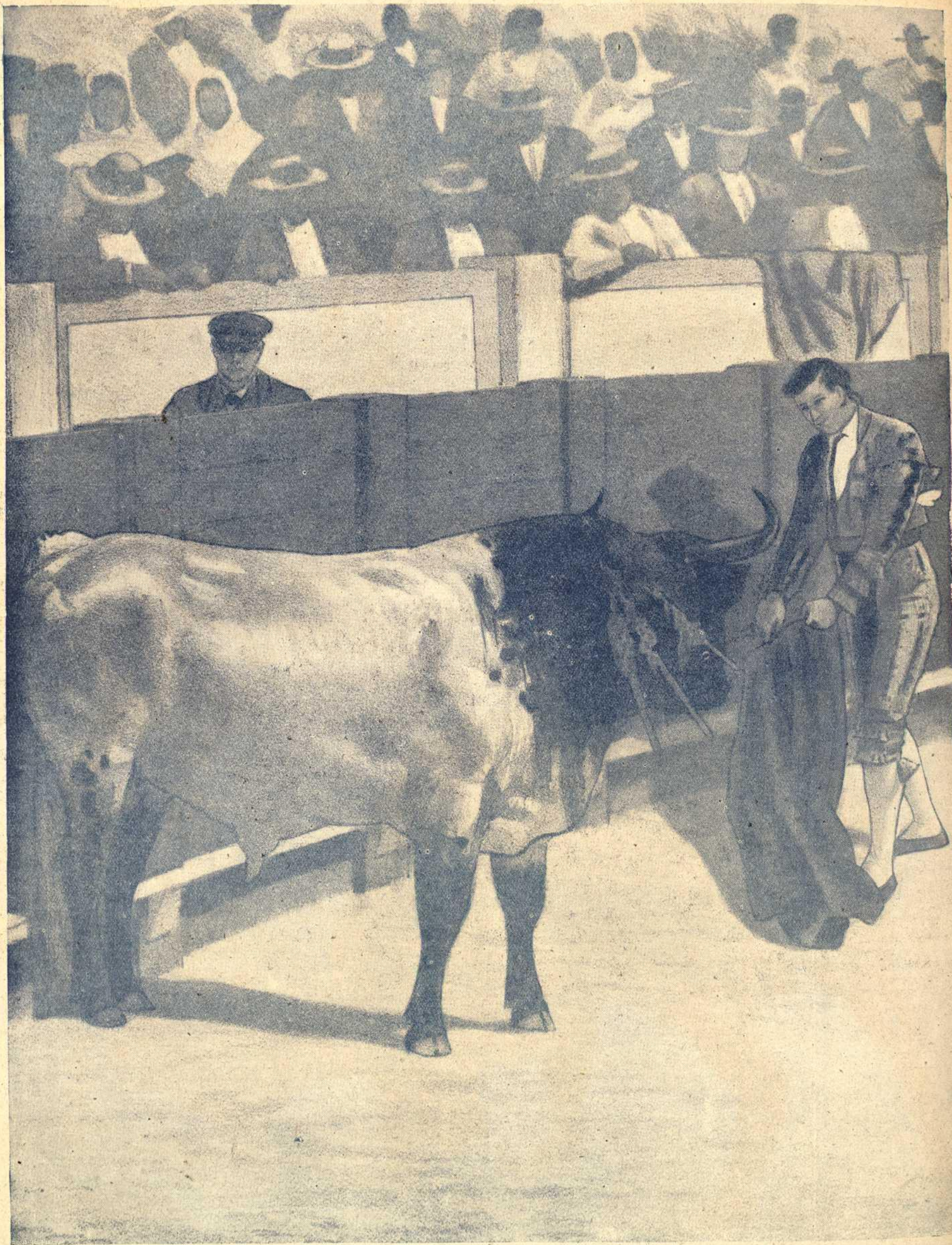


El Ruedo

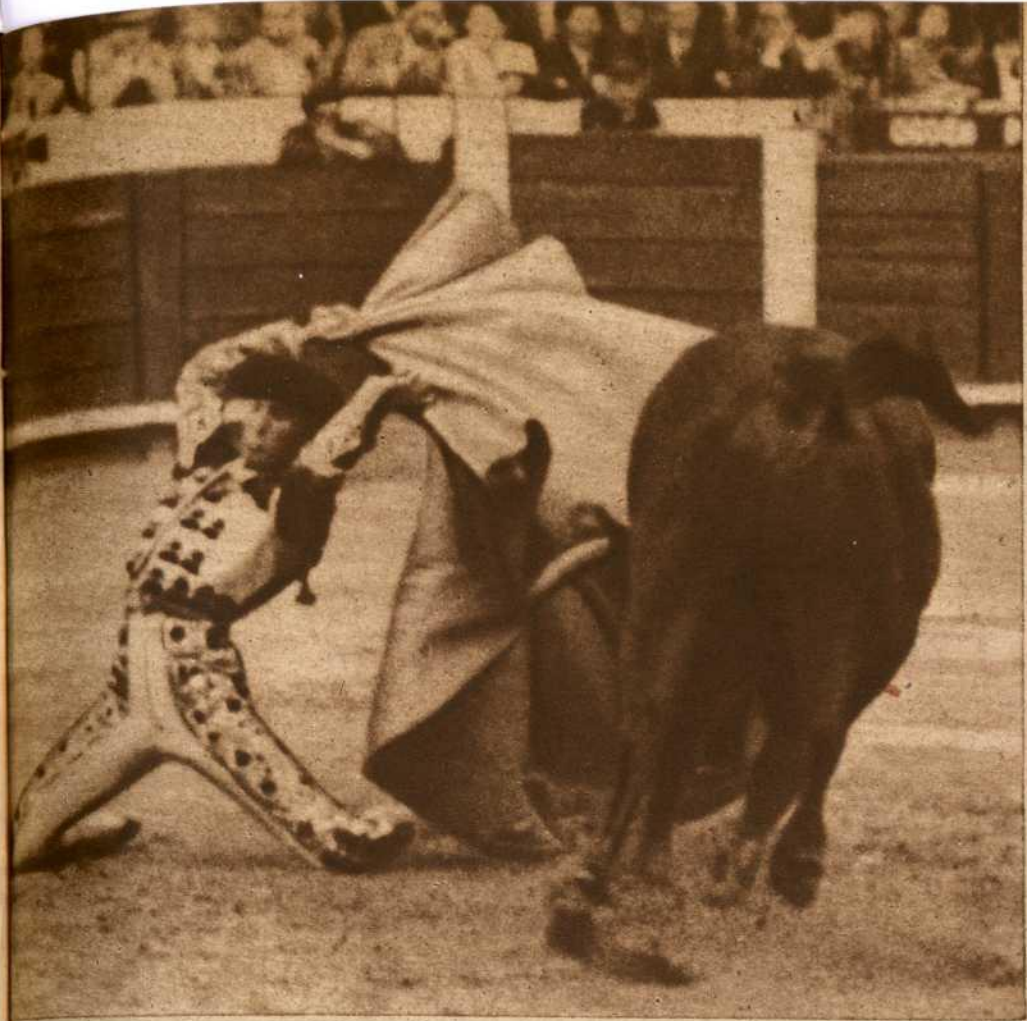


1⁵⁰
Pts

AAVEDRA



Igualando en tablas
(Dibujo de Perea)



LUIS MIGUEL DOMINGUIN, el domingo, en Valladolid

EL LAPIZ EN LOS TOROS.

Tres momentos de EL ESTUDIANTE, el
domingo, en Madrid

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año II - Madrid, 23 de mayo de 1945 - Núm. 50

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



A pasada semana taurina terminó en Madrid con un triunfo rotundo para El Estudiante, y en los ya descartados éxitos de Manolete y un susto morrocotudo para las Empresas con el percance de Carlos Arruza, que, por fortuna, parece liquidado ya, sin más pérdidas que la corrida de Valencia y las dos de Barcelona, dándose por seguro, a la hora en que escribo, que reaparecerá el jueves, precisamente en Madrid, con una torada muy bien puesta de Pablo Romero.

Despejada así la pube, el interés de los aficionados vuelve a centrarse en el deseo de ver torear juntos a Manolete y Arruza. Los carteles importantes de provincias giran en torno a sus nombres, con cuatro o cinco más, para completar ternas. Pero para los madrileños se aleja semejante posibilidad. Manolete toreará en Madrid y Arruza también, aunque cada uno sus corridas, si que jamás se encuentren.

¿Y por qué?, se preguntan y se preguntaran muchos. ¿No torear en las demás Plazas? ¿Quién se opone a que el mismo acontecimiento se produzca en la de las Ventas?

Resulta difícil despejar la incógnita, y estoy seguro de que si se abriese una encuesta, en la que se hiciese la pregunta a todos los interesados, nada podría averiguarse. Ninguno sería responsable ni ninguno quedaría señalado como tal.

En los carteles madrileños la duda, la vacilación, el desconcierto, los cambios y recambios siguen siendo tónicos. Los resultados están a la vista: la Plaza no se llena. En la corrida del domingo, algo más de media entrada, y en las anteriores, sensibles claros evidenciaron el retraimiento del público. La Empresa no se considera culpable y, en parte, no lo es, o tiene, al menos, justificaciones y disculpas dignas de tomarse en consideración; pero los aficionados, que tienen que hallar un culpable para su desahogo, la acusan. Estiman que la demora en fijar carteles, la frecuencia con que se rectifican y el poco aliciente de las combinaciones, pese a lo elevado de los precios, son culpas máximas sólo explicables por falta de autoridad y competencia en sus decisiones o por una falta de consideración al público que la sostiene.

Los vaticinios hechos sobre la actual temporada, califican la como de oro para las Empresas, pudieran tomar un rumbo adverso. La falta accidental de ciertas figuras en los carteles determinaría un retraimiento del público, con inmediata repercusión en las taquillas.

Y aun sin estas ausencias, lo puramente económico, al rebasar los límites de todas las posibilidades, puede asestar un golpe rudo a la fiesta nacional.



EL NISO DE LA PALMA

El famoso torero de Ronda, que fué en un tiempo primera figura del toreo, se ha visto obligado, por reveses de la vida, a actuar como banderillero. Le vemos aquí presenciando, desde una barrera de la Plaza de Valencia, una corrida en la que tomaba parte su hijo, Cayetano, duramente castigado por la adversidad, hace frente a la vida sin regatear esfuerzo ni sacrificio: como todo hombre de bien.

La corrida del domingo en MADRID



SEIS TOROS DE BENITEZ CUBERO PARA PEPE BIENVENIDA, EL ESTUDIANTE Y ALEJANDRO MONTANI

La semana en las Ventas...
y un poco más allá

Por EL CACHETERO

EN esta semana, que debe llevar, taurómacamente, el nombre de Feria de San Isidro, han venido a demostrarse algunas cosas. Una de ellas, más que demostrar, ha sido el remachar un clavo ya ahñón, o sea, la absoluta insolencia de la Empresa madrileña para la confección de unos cartelitos que si no honrasen, por lo menos no desdijesen demasiado de la ocasión —San Isidro y Madrid— y de lo que ella merece. Pero éste es asunto perdido. Si se diese facilidades para la organización de la corrida homenaje a Joselito, que en el papel juega otro, quiso que los preparados por la Empresa, no excluyese nada, sino que afirma que en cuanto ella desaparece de en medio, aunque se quede entre bastidores, todo mejora. Luego, la tal corrida resultó un puro desastre. Pero eso ya es otra cosa, y a ella vamos.

Es el caso que las tres corridas madrileñas y el añadido intermedio de la talavera fueron de ese linaje en que el ganado mandó tanto, resolvió tanto, que dejó en mal lugar, y en conjunto, a una tanda de diestros que no fueron capaces de orientar su destreza a que los que mandasen fuesen ellos, o por lo menos, torciesen algo el rumbo de las cosas, a saber:

1.ª Corrida del 13 de mayo: Un desastre artístico de aderezamiento. Ganado manso, duro e inabarcable, para tres matadores de tercera. Conchita Cintrón aparte y con su gracia salvada. Valencia III y Mario Cabré, a tono con el ganado de doña Enriqueta de la Ova, a tono con el ganado de defendiéndose con una oreja cortada a base de mogollón, pero, en fin, a pesar de que en su otro toro se entonó con el resto, algo salió a flicte.

2.ª Corrida del 15 de mayo. Un buen ganado de Santa Coloma se llevó por el aire ruidosamente toda la fenomenalidad (?) de Aguado de Castro. El joven Martín Vázquez hizo una gran faena de muleta y se remontó en ella a la defensiva general en que cayó en la otra. Con la excepción del Estudiante, veterano, con sitio y algo frascuelino. Frescura, trasteo y estocadas. Los antiguos lo eligieron en el salvamento de ese día. Los modernos se irán con Martín Vázquez. Y nadie con el de la alternativa. (Para la Empresa: 15 de mayo de 1920: Joselito, Bilmonte y Sánchez Mejías. Veintiún años más tarde: El Estudiante, Martín Vázquez y Benigno Aguado.)

3.ª Corrida del 17 de mayo. Homenaje a Joselito. Si en la precedente se salvó algo, en esta nada puede salvarse. Mandó el ganado de Rogelio M. del Corral en absoluto sobre las posibilidades de unos toreros miedosos —los Luises del cartel— y otro desorientado, o sea, el Martín Vázquez joven. La corrida, un desastre, que ofendió hasta la memoria de Joselito. "A zapatillazos —dice R. Capdevila con razón e indignación que comparto— hubiese echado de la Plaza a aquellos jóvenes". Pepe Luis Vázquez, con el fracaso y la precaución adrogando el gran arranque que tuvo en la torera. Ángel Luis Bienvenida, sin arranque, gracia ni nada. Y el Pepín, toreando para el hule a fin de salvar "aquello". Un desastre.

4.ª Corrida del 16 de mayo. Talavera de la Reina. Una moruchada previsible y tratada de salvar a base de cartel torero. Y Ortega y Arruza metidos en la danza aquella, ante los astados de quince arrobas de Manuel González. Ortega se salvó por maestría, aunque no por perspicacia al entrar en aquello. ¿Qué ganaba aceptando una presentación con tan poca garantía y con tanto buen nombre a la espalda? Arruza se salvó porque está tan en racha, que se monta encima de los toros, con gracia y emoción, no vayan a creerse. En fin, que se llevó un éxito, en 16 de mayo y en Talavera. Y el Momento, ese sí bailó al son que le tocó el ganado, que fue malísimo. Bueno. ¿Y qué sacaba usted de pagárselo todo, cuando la elección del ganado le hacía perder todo de antemano? ¿A qué viene el sacudir las zapatillas del polvo talaverano?



El Estudiante da comienzo a la faena de muleta con un pase de rodillas junto al estribo



Pepe Bienvenida rematando con media verónica el quite que hizo en el primero de la tarde



El peruano Montani toreando de capa



Un momento de la faena de Luis Gómez a su segundo, en el que el torero aguanta sereno y artístico la embestida del toro



El Estudiante con una de las dos orejas que cortó el domingo

(Fots. Baldomero)

DESPUES DE LA CORRIDA

Pepe Bienvenida confía en que algún día se quebrará su mala racha

"Mi mayor satisfacción es poder dar a la afición madrileña todo cuanto se merece", afirma El Estudiante

"Aun cuando muy castigado por los toros, no estoy agotado ni vencido", dice Montani

PEPE BIENVENIDA

Si uno no supiera las simpatías tan múltiples y heterogéneas que el "Papa Negro" y sus hijos tienen en todas partes, y muy especialmente en Madrid, hoy me hubiera sorprendido. Pero a los malos vientos que tan fuertemente soplan para el primero y el tercero de los hijos de don Manuel, la fe y la constancia que anima a sus numerosos amigos es tan viva y segura como si de épocas triunfales se tratara.

Numerosos seguidores de Pepe Bienvenida llenaban todas las habitaciones de su domicilio comentando la serle ininterrumpida de mansos que hasta ahora le ha dado la suerte, adversa como nunca con el toro. No sin esfuerzo, pude acercarme al mayor de los Bienvenida, a tiempo de poderle oír lo siguiente.

—Tan sólo salieron hoy dos toros toreables, y ambos no me tocaron a mí. Los míos resultaron probones y se pasaron la tarde echando la cara por delante. A estos gázarones, que en vez de arrancarse lo hacen andando a lote cochimero, no se les puede hacer el toro de fácil aplauso.

Ahora es su padre, siempre en ameno conversador, el que interrumpe a su hijo para decir:

—Estamos pesando una mala racha; pero siempre ha ocurrido y continuará sucediendo que estas tardes desgraciadas acaban un día por quebrarse y aquellos que antes se rompían las gargantas gritando su descontento, son los primeros en romperse las manos aplaudiendo frenéticos.

Alguien saca a colación el concepto del poderío del torero con los toros. Pido a José me diga cómo lo entiende él.

—Poder con los toros —dice—, no es otra cosa que trastearlos, pelearse con ellos, matarlos decorosamente y enterrarlos a las mulillas lo más pronto posible. Y esto fue lo que hoy había hacer con cuatro toros de Benítez Cubero.

EL ESTUDIANTE

El torero de Alcazala gusta poco de que sus seguidores le asalten la casa después de su pelea en la Plaza. De aquí el lujo de precauciones que adopta para despistar a los contumaces del visitante. Por lo pronto se viste y se desnuda en casa de un íntimo amigo y silencia el escándalo con gran recato. Así, el hombre puede estar seguro que nadie irá a molestarse cuando se entrega al bien merecido descanso.

Por partir para EL RUEDO Luis Gomez se avino gustoso a hablar conmigo, y si al verme pudo experimentar alguna contrariedad, supo disimularlo con su cordialidad innata.



Pepe Bienvenida, en el callejón, charla con un amigo

—Hoy, como siempre, ha conseguido usted no defraudar al público.

—Y en ello radica mi mayor satisfacción: la de poder dar a la afición madrileña todo cuanto se merece. Uno de los mayores empeños que ponemos los toreros es poder superarnos a sí mismos tantas veces como salimos a torear en la primera Plaza de España. Y este afán hace —al menos en mi caso— que procure vencer cuantas dificultades se me presenten.

—De usted se ha dicho que pasa mucho miedo hasta que sale el toro del chiquero; ¿quiere explicarme esta paradoja en un torero tan valiente?

—Lo del miedo que paso es certísimo. Proviene porque no soy un inconsciente y me doy perfecta cuenta de cuanto tengo que realizar para salir triunfante en mi cometido.

—¿Cómo se encuentra de facultades?

—Empiezo a torear en pésimas condiciones físicas. Los médicos diagnosticaron que padecía una fuerte atrofia muscular. Hubo día que no tuve fuerzas ni aun para afeitarme. Perdí tres corridas. No es otra cosa que el desgaste sufrido en mis dos temporadas anteriores. Por fortuna, estoy muy mejorado.

—¿Qué opina de sus dos toros de esta tarde?

—A mi primero me di cuenta había que enseñarle a embestir. Y me dije: "Si lo logro, te vas sin oreja al desolladero". La lidia que le di me



El Estudiante, antes de empezar la corrida

permitted hacerlo. Había que redondear la tarde y demostrar al público que El Estudiante está en su puesto, y aunque a mi segundo enemigo lo picaron poco, pude también "cambiar la onza", como dicen los castizos.

MONTANI

El torero peruano lo encontré ya en el vestíbulo de su domicilio, dispuesto a que el aire despejara sus preocupaciones.

—Mi lote —explicó— fue manso y difícil, y por añadidura, con mucha casta de la peor especie. ¿Qué más desea uno que estar lucido con todos los toros! Pero con esta clase de ganado no se puede hacer el toro ajustado y reposado que agrada a todos. La lidia de estos toros sólo depende de los recursos del lidiador, y éste narto hace con quitárselos pronto de delante. Me doy cuenta que las exigencias del público para conmigo radican en mis éxitos de novillero, y nadie sabe mejor que yo lo que daría por complacerle. Aun cuando muy castigado —he sufrido tres corridas en poco tiempo—, no estoy agotado, ni agotado ni vencido. Y estoy pronto a demostrarlo con reses de franca embestida, por muy grandes y bien armadas que estén. ¡Lo molesto para el torero son las malas ideas de toros como con los que he de pechar esta tarde!

F. MENDO



Ramos de Castro da lumbre a Montani en el callejón (Fots. Manzano.)

Banderillas de fuego

Por ALFREDO MARQUERIE



P. Bienvenida

Bajo el palio triste de las nubes grises, la Plaza tiene: tristeza de velatorio. Y los espectadores se dan el pésame: «Tengamos contormidad.»

Los hombres que recogen de la arena las letras de tela de los anuncios parecen exploradores que levantan las tiendas de campaña de un campamento.

A Montani, en el paseillo, le vuelve el viento la esclavina del capote y le pone al traje de luces gorguera verde.

Resulta increíble; pero siempre hay espectadores que descubren a otros cosas elementales de la fiesta. Palabra que a mi lado había un señor y explicaba: «Esos de la gasa y la gorra colorada son los monacillos, y tienen por misión sujetar el caballo de los picadores.»

De Pepe Bienvenida sólo podemos decir esto: Que llevaba un bonito traje azul y oro.

Se disparan y rizen el rizo serpentina de silbidos.

El clarín y los timbales tocan al aburrimiento.

Montani es el campeón de quitar rápidamente la muleta de la cara del toro. Le enseña el trapo rojo, y ¡zas!, como un relámpago, ya no lo ve el bicho.

El Estudiante es un caso de pundonor y de vergüenza torera. Más que estudiante, es profesor de ética. El público se lo agradece y aplaude. ¡Qué gran lección de valor, de coraje, de buena voluntad!

Cinco sombreros de paja —como cinco bailarinas antiguas— danzaron sobre el ruedo y volaron de tendido en tendido, recordando los días lejanos en que se llevaba «eso» sobre la cabeza. Fueron cinco estrofas de poema retrospectivo.



A. Montani (Fots. Baldomero.)

De pronto, cae sobre la arena una bota de vino, y al golpe, revienta. Toda la tarde estaría ya la garganta de su dueño llena de una sed inaplacable. El ruedo, que siempre bebe sangre de toro, bebe con fruición el vino derramado; lo sorbe de un golpe, como si desde mucho tiempo atrás hubiera esperado esa ocasión, única para embriagarse con Valdepeñas.

HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA



*Concurso
taurino*

¿En qué fecha tomó la alternativa Rafael González, Machaquito?

¿En qué año se retiró?

Escriba con el título: "PARA EL CONCURSO TAURINO DE HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA", a la Empresa anunciadora "Hijos de Valeriano Pérez" Cruz, 7, Madrid, respondiendo a estas dos preguntas, y si son debidamente contestadas, podrá participar en el sorteo que se celebrará diez días después de la publicación de este anuncio. Por tanto, el cierre de admisión de éstas se efectuará dicho día, a las ocho de la noche.

PREMIOS

UN PREMIO de 100 pesetas y otros DOSCIENTOS PREMIOS, consistentes en un paquete de hojas de afeitar "MEZQUITA".

Los premios serán enviados a los señores favorecidos directamente a su domicilio, tanto a los residentes en Madrid como a los de provincias, para lo cual suplicamos a cuantos escriban anoten claramente su nombre, apellidos y domicilio.

Solución al concurso anterior:

Ricardo Torres Bombita, tomó la alternativa el 24 de septiembre de 1899, y se retiró el 19 de octubre de 1913.

HOJAS DE AFEITAR HAY MUCHAS...



MEZQUITA
UNA SOLA

Publicidad: HIJOS DE VALERIANO PÉREZ, Cruz, 7, Madrid

EFEMERIDES DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ PETIT

MAYO

23

MIERCOLES

CON excesiva frecuencia llegan hasta mí muchachos que dicen ser verdaderos *fenómenos* y a quienes sólo falta propagar da: darse a conocer. Todos piden recomendaciones para una novillada sin caballos; para el gobernador de Cáceres; para el alcalde de Sevilla; para la Empresa de Madrid, los más atrevidos. Es inútil contestarles que no conozco ni al gobernador, ni al alcalde, ni a la Empresa.

"Por lo que más quiera, ¡deme una recomendación! Yo le brindaré un toro..." A todos les cuento el caso de Yusio, banderillero valenciano, que, a fuerza de recomendaciones, logró actuar en Madrid el 23 de mayo de 1875 y aquella misma tarde se dejó la vida entre las astas de *Chocero*, de la

vacada de Miura. Me acuerdo de Yusio — que nació casi cuarenta años antes de venir yo al mundo — porque siempre oí decir que fue el primero que entró cadáver en la enfermería de la tan llorada Plaza desaparecida para edificar la actual tan denostada.

Por recomendación de Antonio Puentes, también el 24 de mayo de 1908, murió en Zaragoza Ignacio Zaza, sevillano de Marchena. Al recortar con la pantera, por haber perdido el capote, *Atrevido* se acordó de su nombre, y sentándole mal que Ignacio quisiera usarle, le enganchó, vengándose fea y criminalmente.

Así podría seguir citando casos de muertes por recomendación, si con la fecha 25 de mayo de 1848 no viniera a este mundo el primer picador denominado Artillero. Francisco Parente y Gómez, hasta llegar a serlo, fue contrabandista, artillero, cartero, guardia rural, empleado en una fábrica, y en la Plaza de la Maestranza, sobre cuyo ruedo, al fin, salió a caballo y con la puya de reglamento como única defensa contra los toros. Tantas veces golpeó con la cabeza la arena, que acabó loco sus días en el Hospital Provincial de Madrid.

Y aquí, imperioso e invisible, se nos presenta Frascuelo reclamando sitio y tinta. En año 1887 y en mayo, el 26, Frascuelo tuvo su tarde más completa al tumbar, de seis estocadas y un pinchazo, seis toros de Veragua, todos con más de treinta y cinco arrobas y después de una lidia que mereció ovaciones sin fin. Con decir que está escrito que estuvo "como un tigre, como un León, como una pantera; una burrada de bravo; una bestialidad de valiente; hecho una fiera matando, y verdaderamente brutal en todo..."

Todo tiene que ser en esta sección breve pincelada; apunte, más que cuadro completo, y por eso no me extiendo sobre el particular. Además, con el 27 de mayo de 1894 reclama mi atención el Espartero, a quien desde niño o cantar "que ha sido el rey de los toreros" y que "a su memoria le dedicamos el pasodoble que ahora cantamos..." Su vida, tiene tantos datos curiosos... Diecinueve años tenía cuando armó una en Sevilla como tal vez no se haya conocido otra; sólo como Mazzantini — hasta aquella fecha — pasó a ser matador sin haber sido subalterno; feo, flaco e infinitamente con ganas gracia que hoy tiene Pepín Martín Vázquez, nadie como él colmó de frenesí al público sevillano; como Aguado de Castro, sin haber toreado en Madrid — un festival no cuenta — recibió en la capital de España la alternativa; Lagartijo se negó a ser su padrino "por llevar poco tiempo y porque no le había visto torear", y el señor Fernando el Gallo le cedió los trastos. Se distinguió sobre todo por su valor y por lo que ha dado muy bien en llamarse, como un título, vergüenza torera. La muleta de su lucha con los toros fue "la más pequeña que se ha utilizado por torero alguno". Su estoque fue más desafortunado que lo es el de Albaicín. Al entrar a matar por segunda vez, le asesinó un Miura, *Perdigón*, de una cornada en el vientre; antes le dio un puntazo en el pecho. Muchas veces se le predijo la muerte, y su afán era complacer al público.

¡Hombr! A propósito del 28 de mayo de 1839, ¿saben ustedes lo que se consideraba entonces un éxito de taquilla...? Ganar limpios cuatro mil duros. Le fueron entregados a la familia de los Fabri lo, y quedó tan contenta, que regaló a Mazzantini un bastón con puño de oro; a Villita, Padilla y Guerrerito, un estoque a cada uno; a Valenciano, una petaca, y a Flauto, un estuche con una cigarrera y una fosforera de plata.

En fin, para terminar, recordemos aquel 29 de mayo de 1881, en que se armó la de San Quintín en la Plaza de Barcelona, porque salió de los toriles un choto.

¿De manera que ya entonces...?

MAYO

29

MARTES

MANOLETE HABLA ALTO Y ROTUNDO

"Tengo un sentido exacto de la honradez profesional, pero, desgraciadamente, a otros que andan alrededor del toreo no les sucede lo mismo"

PUEDE usted imaginarse la escena.

Me encogí de hombros, dando a entender que era mucho mejor el no imaginármela.

—No tengo mayor interés en ello... ¿Verdad que es lamentable?

Manolete dibujó una fina sonrisa en sus labios, que momentos antes aparecían apretados orgullosamente. Paseábamos en silencio por la avenida de coches del Retiro. El cronista rehuía el tema y, sin embargo, sentía un vago temor de que la charla quedara truncada en la pausa. Era un martes brillante de mayo. Era la víspera de la muerte de Joselito, hace veinticinco años, en Talavera.

Era el recuerdo de ayer...

Hoy paseaba en silencio con Manolete. De vez en cuando le miraba. Yo no sé qué temblaba en el diestro cordobés. Pero adivinaba en él una vida interior intensa, palpitante, que luchaba por dejar salir a sus labios no sé qué... ¿Quizá indignación? Más tarde comprendería que no me había equivocado, porque estaba en el secreto, porque sabía bastante más de lo que creía Manolete.

Por eso rehuía el tema y por esto no quería buscarlo. Y, sin embargo, volví a encontrarlo, cuando el diestro cordobés me dijo, sencillamente:

—Es triste...

—Y bien lamentable—me apresuré a contestarle esta vez.

—¿Pero usted sabe lo que es lamentable?—me preguntó él.

Confieso que me desconcertó. Parecía que los dos queríamos burlarnos en un juego de palabras... Posiblemente que ninguno de los dos queríamos abordar reserentemente la charla.

—Sí, Manolete, ya sé que es lamentable. Verá, lo lamentable es esa campaña desatada contra usted. Precisamente contra usted, con falsedades... ¿No es esto?

—Así es. Me duele y me indigna, a la vez, esta campaña... Hizo una ligera pausa y continuó: El agravio personal es inculcable, y yo no estoy dispuesto a tolerarlo. Sé pueden hacer todas las campañas que se quieren contra Manolete, como torero; pueden cantar mis triunfos o fracasos, enjuiciándome profesionalmente, porque esto nada me importaba, cuando yo soy el primero que tengo un sentido exacto de la honradez profesional, de lo que me debo a los públicos, que al fin de cuentas son los que se lo merecen todo. Nuestro respeto. Una campaña teurina contra mí no tiene mayor importancia, porque todos saben quién es Manolete, mejor o peor, pero siempre consciente de su responsabilidad, ante el aficionado. A estas alturas pueden decir lo que quieran, porque mi rumbo no lo pueden cambiar ni los adjetivos ni los menosprecios. Esto, que siempre queda a la justicia del aficionado—justicia que yo soy el primero en admitir—, es honorable y digno. Lo que ya no lo es tanto es cuando esa campaña alcanza otras pretensiones de ofensa. Sencillamente, es esto lo que conmigo se está haciendo.

—¿En Madrid?

—Sí, en Madrid... Luego en provincias se recogen todas estas falsedades.

—Y todo ello, ¿por qué?

—Ya puede usted imaginárselo. Porque... me he negado—me fué diciendo lentamente...— y me negaré... por dignidad a ustedes y por mi mismo— a dar nada.

—Esta negativa tiene un precio, ¿verdad, Manolete?

Manolete se había quedado muy serio y sus ojos tenían un brillo en el que se reflejaba la indignación que le poseía.

—Ese precio—dijo arrastrando sus palabras...—, ese precio es la ofensa y la calumnia.

—¿Guardé silencio.

—Lo que yo quiero—continuó— es que cuando toree en Madrid, el aficionado me haga justicia y que sea el mismo aficionado el que descubra a estos señores, que les engañan, que les mienten oropel cuando nada hay y mienten falsedades cuando la verdad se ha impuesto en los ruedos, ganados tan sólo por la ambición torpe.

—Sería lo más justo... Sería lo más justo, Manolete.

Recordé unos cigarrillos y dejé llegar la pausa con la esperanza de poder alejarme del tema. Nos convenía a los dos. Para él, porque significaba la terpeza y para el cronista; el olvido.

Al pasar, le dije:

—También se dice que no quiere torear en Madrid...

—Esta es otra falsedad que se puede demostrar fácilmente. La temporada pasada fuí uno de los matadores que más corridas lidié en la Monumental madrileña y en esta temporada tampoco nadie puede decir que rehuyo mi presencia al público madrileño, cuando voy a torear seis corridas en un plazo escasamente superior a un mes. El 30 de mayo, el 7 de junio, el 14, el 21, el 28 del mismo mes y el 5 de julio. Precisamente no creo que estas fechas digan que Manolete no quiere torear en Madrid.

—¿Y sus exigencias sobre el ganado?

—Este es un pequeño mito. Yo solamente exijí, y he exigido siempre, que la ganadería sea buena y nunca me importó ni el tamaño, ni el peso, ni los años de los toros. En este aspecto nunca llegué a exigir nada, y tanto es así, que procuro no torear en los pueblos, para evitar el tener que lidiar ganado indijable en todos los conceptos.

—Estos días se hablaba de un pacto Arruza-Manolete. ¿Qué hay de cierto en esta noticia?

—Absolutamente nada. Muchos han interpretado mal la comida que nos dió la Empresa de la Plaza de Toros de Valencia al torero mejicano y a mí. De esta comida nacieron los bulos. La verdad que todo quedó reducido a un



Manuel Rodríguez (Manolete), en el balcón del hotel donde se hospeda.



Manolete y Camará, por las calles de Madrid.

almuerzo íntimo. Si toreo algún mano a mano con Arruza—con el que me une una gran amistad, porque es un gran compañero y un gran torero, de lo que yo me enorgullezco porque soy su amigo—, ello obedece tan sólo al deseo de las Empresas. Pero sin que esto quiera decir que entre nosotros hubo acuerdo alguno.

—También se decía que usted, Manolete, se retiraría de los toros en la próxima temporada...

—Lo desmiento rotundamente. Yo no pienso retirarme de los toros mientras tenga facultades y el público me tolere en los ruedos... El día que ya no me tolere, ese día sí. Porque yo tengo un respeto profundo para el público.

—¿Contento como le va la temporada?

Manolete quiso sonreírse, pero al fin pudo en él más esa vida interior, intensa, que vive desde hace algún tiempo. Pero al ver tan serio a Manolete, yo he creído que no era soberbia, ni orgullo, lo que dominaba al diestro cordobés. Era, quizá, dolor, pena...

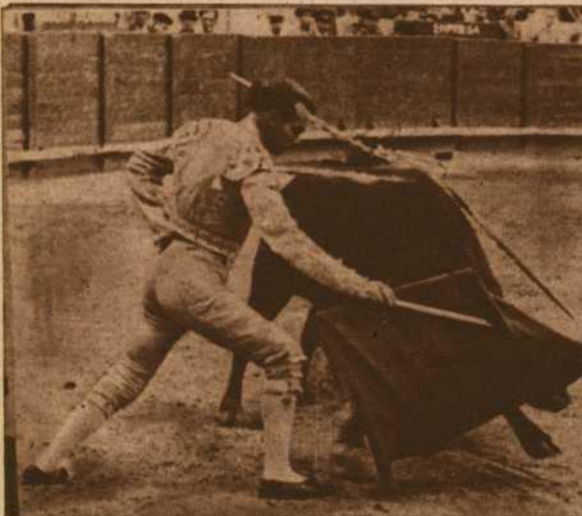
—Profesionalmente estoy muy contento—dice—. Lo otro me hace olvidar mis propias alegrías...

Un hotel, una hora cualquiera, una amenaza... Todo lo he ido recordando con amargura, en este martes brillante de mayo...

CARTEL DE BARCELONA



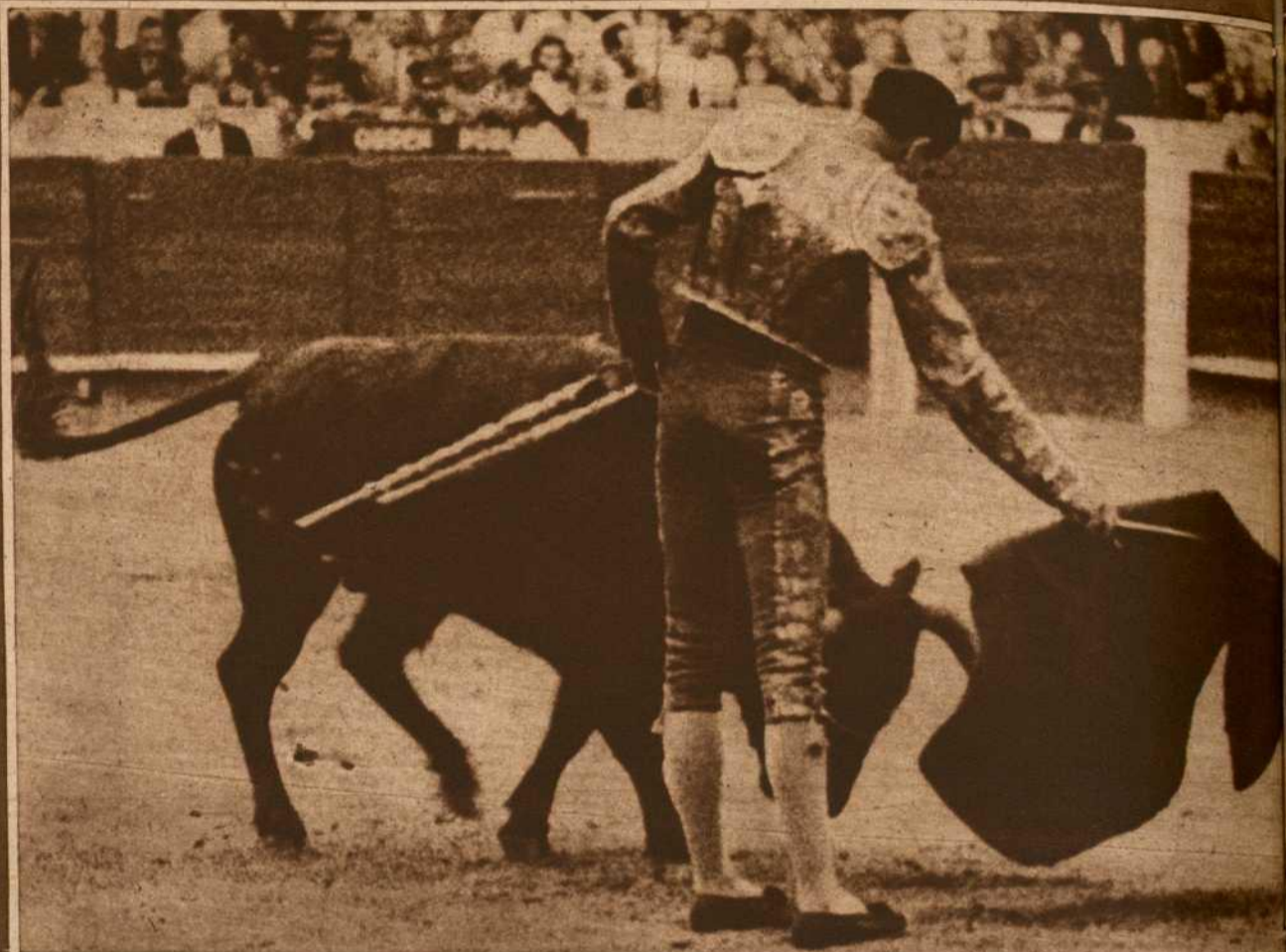
Ortega trasladando a uno de sus toros al iniciar la faena de muleta



En los preliminares de la faena, Ortega dobla al toro con pases de castigo



La clásica manoletina del cordobés, dada con el estilo en él característico



Parrita, en la faena de muleta, torea por bajo y en redondo a su primer toro, el domingo, en la Plaza de Toros de Barcelona



Otro muletazo del de Borox a uno de los toros que le tocaron en suerte



Manolete hace la estatua en este pase por bajo



Ortega, en un quite, torea por verónicas

BARCELONA 20. (De nuestro redactor Subirán).— La cosa quedó esta tarde en la Monumental barcelonesa como mitad y mitad. El ganado del hierro de Galache sacó muy mal estilo y su eficiente pelea en varas se complementó con una pelea insípida en el tercio final. Así, Ortega, que reaparecía esta temporada en el ruedo barcelonés, hizo en su primero una labor precisa y eficaz que fué muy aplaudida, aun cuando no gustó a la mayoría de sus admiradores, que esperaban del pasmo de Borox se destapara en su primer toro de la temporada. En el segundo se limitó a ser breve, aunque no tuvo mucha suerte con el acero.

Fué Manolete el triunfador de la tarde y el que tuvo el lote más aprovechable, cosa bien contraria a la que

SEIS TOROS DE GALACHE, PARA DOMINGO ORTEGA, MANOLETE Y PARRITA



El torero madrileño Parrita, en otro de los momentos de su faena, toréa por bajo al segundo toro de su lote

pedeció el maestro Ortega, que tuvo que apachucar con los dos pobres del lote. Manolete, en sus dos faenas, se lució con su famosa tanda de naturales izquierdistas, mandando y empapando, para cortar orejas en su primero y oír muchos aplausos en su segundo, del cual también pudo cortar el apéndice de haber tenido más fortuna con el sable.

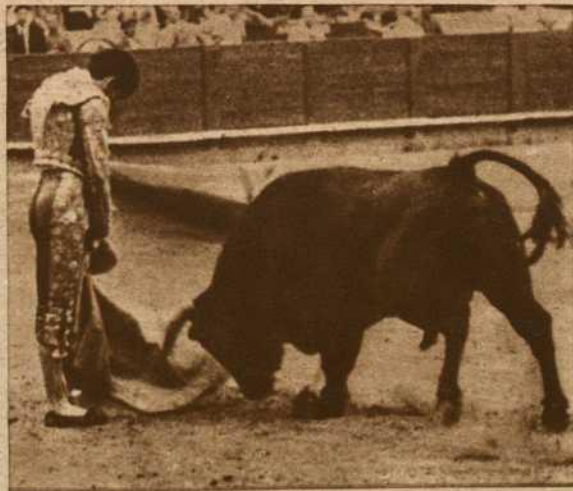
En cuanto a Parrita, que completaba la terna, alcanzó los límites de su presentación como matador de toros, cosa que hizo el pasado jueves. En el primero quedó bien, francamente bien. En el segundo hubo más voluntad que arte y acierto. Total, que Parrita debe una ratificación a la afición barcelonesa, que tanto le quiere.



Parrita, en un quite, toréando de capa a la verónica



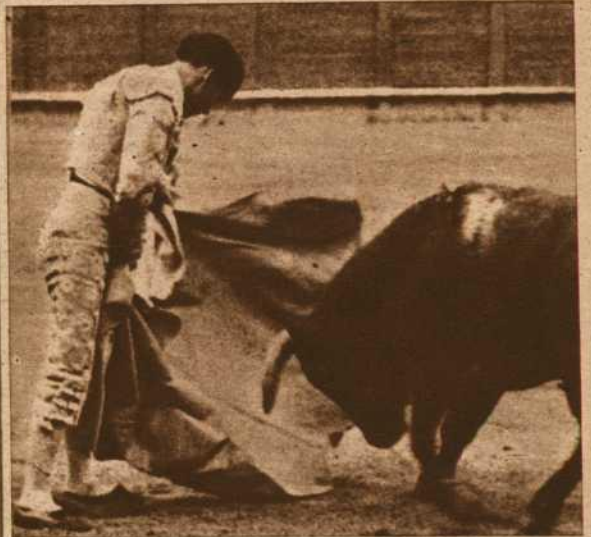
Un natural del cordobés en la faena de muleta al toro que cortó la oreja



Manolete coreando de capa en uno de los quites en que intervino



El torero de Córdoba lidiando con la derecha en la faena a su primero



Ortega, en una verónica al primero de la tarde



Otro derechazo de Manolete a su primer toro (Fots. Valls.)



CARLOS ARRUZA dice...

"Lo que soy se lo debo al público madrileño y mañana estoy en la obligación de superarme"

"Ante los PABLO ROMERO, nada de promesas, pero sí el ofrecimiento de darlo todo para satisfacer con mi labor a los aficionados"



Cuatro momentos de Carlos Arruza durante su charla para EL RUEDO

S IEMPRE se exagera... Durante tres o cuatro días se nos dijo de todas las maneras que Carlos Arruza, en gracia a una "caricla" de un toro del conde de la Corte, se le había escayolado el brazo, y que no podría torear en siete u ocho corridas.

Ya las Empresas se dolián con amargura y los aficionados empezaban a especular a su manera. Siempre se exagera...

De Barcelona a Madrid.

Unas horas de viaje, y hemos tenido con nosotros a Carlos Arruza, con su eterna sonrisa en los labios, sin escayola y dispuesto a... descansar.

Nunca se llegará a saber la importancia que tiene el descanso para los toreros. Porque desde que suena el clarín en el primer toro de la temporada hasta cuando finaliza ésta, hay un camino de asfalto interminable o un insuportable hacer turismo de vía ancha.

Si, sí; el descanso hay que aprovecharlo bien. Es lo que está haciendo el torero mejicano desde el mismo día en que su segundo toro, en la corrida del jueves de la semana pasada, en Barcelona, se empeñó en suspenderla para siguientes actuaciones taurinas.

Felizmente, no ha sido tanto. Acaba de decirme Carlos Arruza, entre regocijado y sorprendido.

—¿Para mucho, Carlos?

—Para mucho, qué... me preguntó él.

—Tu ausencia de los ruedos.

No tuve que pensar mucho su contestación:

—No...; sólo hasta el jueves, en que reaparezo en Madrid, con Pablo Romero.

Estaba un poco decepcionado.

—¿Sólo hasta el jueves?

Le extrañó mi insistencia.

—¿Es que habías pensado que ya no volvería a torear?

Me vi obligado a explicárselo todo.

—No es esto lo que yo quería decirte, sino que tenía referencias de que, por lo menos, en ocho corridas no podrías actuar.

—Pues ya ves —aclara— que no es verdad. Que sólo he perdido tres fechas: el 19, en Valencia; el 20 y 21, en Barcelona.

—¿Cómo fué la cogida?

—Precisamente, no fué una cogida. Al salir de un par de banderillas, en el segundo del conde de la Corte, el toro derrotó y me dió un palotazo en el brazo derecho, en la región del nervio radial, dejándome sin articulación alguna el brazo. No hubo necesidad de escayolar el brazo, y unos masajes eléctricos han devuelto al brazo su fuerza. Por prescripción facultativa no he toreado esas corridas de Valencia y Barcelona.

—En fin, Carlos... que sólo has descansado unos días; quizá pocos, ¿eh?

Pero Arruza no estaba conforme con mi idea. —Yo prefiero —añade con gran convencimiento— torear...; yo no puedo concebir mi vida sin vestirme de luces. Ahora me parece que esta no es mi vida. Seis días sin toros, y ya me parece que han pasado años. Menos mal que el jueves de nuevo empiezo mi verdadera vida.

—Con tu reaparición en Madrid...

—Así es. No sabes las ganas que tenía de torear en Madrid...; pero no sabes qué ganas tenía!

—¿Para superar tu triunfo de la temporada

pasada en la Monumental?

Carlos Arruza es, ante todo, un muchacho modesto, y orgulloso que siempre se negó a hablarme de sus triunfos, y ahora...

—Más bien parece —me dice— que lo que deseas es saber si yo puedo... en Madrid. Y no puedo decirte, aunque, en el fondo, me gustaría ya saberlo. Porque yo quiero mucho al público madrileño y considero que es ya hora de que comparezca ante él. Por mi parte, en la corrida del día 24 no pienso regatear nada. Todo lo que soy se lo debo a ellos, y, por tanto, comprendo que no cabe ante los Pablo Romero nada más que un afán de superar lo que en otras tardes hicimos. Y esto es lo que pienso hacer, y que es mucho mejor que prometer triunfos por adelantado. En los toros nunca se puede saber de antemano dónde empieza el triunfo y dónde acaba el fracaso. Nada de promesas, y sí, en cambio, ofrecer todo para alcanzar el triunfo.

—¿Cómo ves tu temporada, Carlos?

—Estoy muy satisfecho, y quiera Dios que pueda llegar al final. Es lo único que pido.

—¿Hay mucha afición por esas Plazas de provincias?

—¿Como nunca! Ahora se llenan las Plazas, aunque sea en día laborable. Hay una afición sin límites, y cada día va más gente a los toros.

Llegan al hotel nuevos amigos del diestro mejicano. Entre ellos vemos muchos novilleros compatriotas de él. El trato tan cariñoso que con ellos tiene derrumba esos comentarios que habíamos oído sobre Arruza, en relación con una supuesta actitud que había adoptado con los toreros mejicanos, y que es simplemente un rumor sin fundamento. Se lo he preguntado a Carlos Arruza.

—¿Dicen, Carlos, que si no quieres torear con los mejicanos? Dejé de sonreír para contestarme seriamente:

—No es verdad...; todo eso que se dice no es cierto. Es una campaña que ya se ha difundido hasta mi tierra; sabe Dios con qué fines. Pero la única verdad es que yo no me he negado en ningún momento a torear con ellos. El que hace esta campaña debía saber que no soy yo el que hago los carteles de las Plazas. Si aun no he alternado con mis compatriotas, esto no es culpa mía. Por mi parte, me gustaría torear con ellos, para demostrar de una vez que es falso lo que se dice. Con todos mis compatriotas me une un cariño y una gran amistad. Que conste así.

Alguien del grupo de amigos le pregunta:

—Decir que el jueves estás dispuesto a matar los Pablo Romero, aunque sea con la izquierda, ¿es verdad?

—Estaría dispuesto —rectifica— si llegara a hacer falta. He querido decir tan sólo que, por no perder esa corrida, no sólo estaría dispuesto a matar con la izquierda, sino a torear con muletas. Porque mi única ilusión es torear en Madrid...; sí, sí, en Madrid!

Durante un largo rato hemos seguido hablando de toros. Es imposible cambiar de conversación con este aficionado extraordinario que es el torero mejicano. El es torero ante todo y sobre todo. Es definitiva toda su vida. Ahí queda su arrogancia de reaparecer en nuestro caso en una corrida de responsabilidad. Exigiendo ganado de tronío y no prometiendo nada; porque más que todas las promesas valen esas palabras ilusionadas de Carlos Arruza.

—Me debo al público madrileño... y por él estoy dispuesto a darlo todo.

Y cuando hay un corazón, hay que esperar también todo. El diestro mejicano, al honrar al público madrileño con sus palabras, se honró él mismo.

—¿Que tengas suerte, muchacho!

—Que Dios lo quiera—me dijo sencillamente.



Momento de la cogida de Carnicerito de Méjico a la salida del segundo toro



Carnicerito de Méjico a pesar de estar herido, hizo una gran faena



El diestro mejicano, en brazos de las asistencias

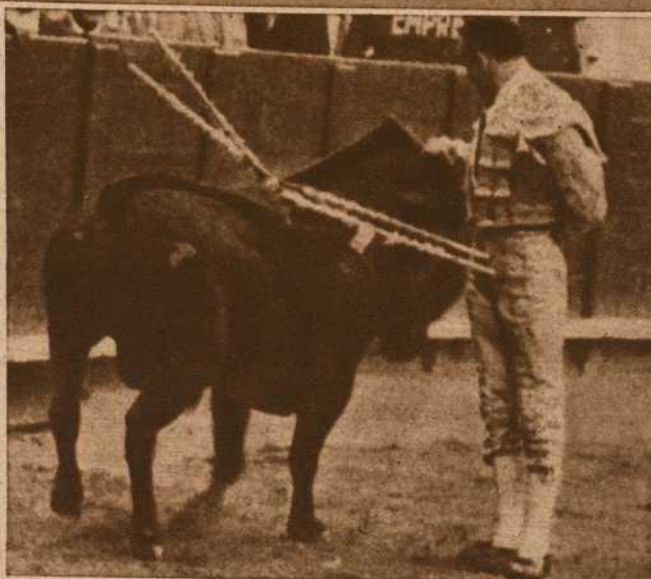


Parrita le ayuda a subir la barrera

Carnicerito de Méjico, después de la cogida, se levanta para seguir toreando



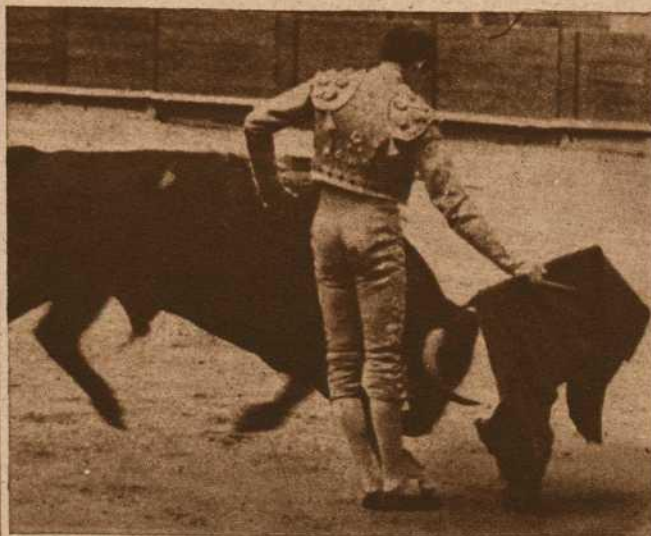
GRAVE COGIDA DE CARNICERITO DE MEJICO ORTEGA, MANOLETE Y PARRITA TOROS DE TASSARA Y CORTINA



Domingo Ortega en un gran pase al toro que cortó la oreja



Otro momento de la faena de Ortega en el mismo toro



Manolete en un pase con la derecha a su primer toro, del que cortó la oreja



Un estatuario de Manolete al primer toro de la corrida

Manolete dando la vuelta al ruedo después del triunfo en su primer toro. (Fots. Vallis.)



Parrita toreando al natural al cuarto toro, el lunes, en Barcelona

Las cuadrillas preparadas para hacer el paseo





Joselito, en el burladero, en un descanso durante una faena campera

de meter el brazo derecho, fué un pésimo matador que desgarraba a pinchazos sus grandes faenas de muleta. En su larga carrera, desde que tomó la alternativa en Madrid el 4 de abril de 1880, hasta su última corrida en Barcelona, el 25 de octubre de 1896, le acompañaron, mezclándose casi, las ovaciones y las rechiflas, y atestiguan revisteros de su época que más de una vez fué amonestado, multado y arrestado por armar a sus peones con puntilla y verdugillos que llevaban ocultos en los capotes a fin de herir a mansalva durante la brega a los toros que no se atrevía a matar solo y cara a cara.

Tenia por igual, Fernando el Gallo, innatas virtudes artísticas de plasticidad y armonía y torcidos recursos mañeruelos de malicia y astucia. Sabía mucho, y por eso, en ocasiones, sabía también nadar y guardar la ropa. Cuando le gustaba un toro destapaba el frasco de sus esencias taurómicas, y cuando no le gustaba esforzabase, sin reparar en los medios, por poner a salvo el cristal y la propia pelleja. Había sido discípulo del Gordito, y era del tiempo de Currito, el hijo de Chicharés, y como a ellos, más ricos de recursos que pleróticos de valor, se le antojaba poco elegante la heroicidad. Era un torero lírico, no dramático, y según tejía a maravilla el madrigal sentíase incapaz de la epopeya. A pesar de ello, alternó durante siete años con Lagartijo y Frasuelo, nada malos, y sostuvo su puesto hasta doce años después de aparecer en los ruedos la arrogancia de aquel estupendo estoqueador que se llamó don Luis Mazzantini. ¡Cómo serían de excepcionales su gracia y su sabiduría! El propio Rafael Guerra, Guerrita, bisnieto aún, cuando apenas había dejado de aprenderse El Lloverito, se prendó de ellas, y a raíz de su pleito con Lagartijo, su primer maestro, que protegía a un sobrino suyo, Rafael Bejarano, El Torerito, disgustado con sus paisanos los cordobeses, solicitó un puesto de banderillero en la cuadrilla de El Gallo, y cuando el serretano estaba apocado y le volaban la espalda las empresas y los públicos, le volvió a imponer el nombre de Guerrita, entonces peón y rehiletero insuperable.

A segundo de los Califas de Córdoba, así llamaron a Guerrita a los pocos años de su alternativa, pudo Lagartijo enseñarle su elegancia sobria; pero El Gallo le dió sabiduría, y a su lado, mientras convivió en peón de confianza animaba al maestro y le jaleaba las faenas y lo estimulaba y le infundía valor, porque lo admiraba y quería, iba sumando habilidades nuevas y agregando adorno y gracia a su toreo, y aprendió a gallear y a revestir de floreos la suerte de banderillas. Al dominio y la agilidad que le permitían sus grandes facultades, iba juntando el salero, el barroquismo, que retorcía las líneas severas de la estética de Lagartijo, los duendes, por decirlo así, que rizaban de caprichoso orientalismo la severidad de canto llano de su toreo. La llamada escuela cordobesa, majestuosa de plasticidad en Rafael Molina, antes de tornarse ruda en Machaquito, y otra vez escabrosa y fría en el Manolete de nuestros días, alcanzó su mayor auge y riqueza en Guerrita, porque en él se daba, junto a la seriedad eficaz, como un añadido precioso, la alegría sevillana que recogió de manos de Fernando el Gallo. Así se juntaban diversos modos y se agrandaba el arte del toreo, y aunque quien esto escribe ha negado más de una vez la distinción neta y tajante de dos escuelas, la rondeña y la sevillana, y aunque Lagartijo y Guerrita no eran de Ronda, sino de Córdoba, y hay desde luego una diferencia de modos, correspondiendo a diferencias temperamentales, entre los toreros cordobeses y los sevillanos, por influjo de Guerrita, que introdujo en la clásica larga de Lagartijo, rematada con el capote al hombro, la variante de darla cambiada o

rematada por abajo, e inventó la gracia de gallear de espaldas y a cuerpo limpio en la suerte de banderillas, se fundieron los dos estilos, el grave y el fofo, en una preciosa mezcla de la que se

JOSELITO

APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA

Por FELIPE SASSONE



nutre todavía el arte largo de los grandes toreros actuales. Por influjo de Guerrita, insistió en ello; porque, quierase o no, Guerrita, discípulo de Lagartijo, discípulo de sí mismo, fué también discípulo de Fernando Gómez. Y no fué el único ciertamente de aquel gran maestro de toreros que todavía dictaba mejor su curso poniendo cátedra, con gracia pintoresca que hacía más amenas y eficaces las lecciones, ante una mesa donde brillara un cañero de rubia manzanilla, que mostrando ejemplos prácticos en el ruedo y ante los toros, cuando no siempre lo apocado de su ánimo, asaltado de repente de temores supersticiosos, le permitía desarrollar con desahogo su habilidad y su destreza.

Cuanto vengo diciendo de Fernando el Gallo —a quien nunca vi torear, claro está, porque todavía no se me caían de viejo los dientes, y cuento apenas sesenta años mozeriles— me lo contó durante mi niñez, en mi ciudad de Lima, cuando yo soñaba con ser torero, el que fué matador de toros, Diego Prieto, Cuatrodedos, paisano y discípulo del señor Fernando, cuya cuadrilla dejó para tomar la alternativa en 1883, y nada menos que Rafael Guerra, Guerrita, vino a sustituirle en su puesto de banderillero. Cuatrodedos, que era mi maestro y mentor y púsome por primera vez, cuando yo sólo tenía nueve años, ante los minúsculos y casi inofensivos pitones de un becerro, me contaba, conmovido por el recuerdo, las grandes peroratas taurómicas del señor Fernando y aun sus fugaces y luminosas lazañas ante los toros, de tan vívido resplandor, que le seguían por mucho tiempo iluminando los fracasos, y hasta me dijo cómo de la escuela de El Gallo había salido toda una pléyade de toreros, unos célebres y otros oscuros, porque se quedaron olvidados en tierras de América; pero todos sabiendo muy a derechas el oficio. Y aquí van unos nombres, todos de fines del siglo XIX, que unos pasaron a la historia y otros sólo ahora, por minuciosidad de mi memoria fiel, se vuelven a recordar para olvidarse otra vez: el propio Diego Prieto, Cuatrodedos; el valenciano Joaquín Sanz, Punteret; los dos hermanos Zocato, Minuto, Quinito, Bonarillo, Reverte, Faico, Antonio Fuentes y Emilio Torres Bombita. Este último, que siendo el primero de los toreros de su casta sobrevive a sus hermanos Ricardo y Manuel, había de torcer el gesto si por casualidad le yese aquí su nombre, Diría, y así es la verdad, que nunca fué gallista y mal pudo aprender de El Gallo la suerte de matar a volapié, que en toda su vida torera ejecutó con una rara perfección, y que Fernando jamás pudo enseñarle a nadie porque no predicaba con el ejemplo. Pero yo no quiero decir aquí que todos sus discípulos, y muchos lo fueron inconscientemente, sin recibir enseñanza directa, copiaron el estilo del señor Fernando; porque el estilo no puede copiarse cuando es, como fué en el padre de Josecito, la expresión singularísima y vigorosa de una personalidad. Pero las normas y los principios, esos sí, se transmiten; son los que forman la escuela, que no es precisamente lo mismo que el estilo, y eso es lo que, evolucionando hasta enriquecerse con todas las variantes del toreo moderno, ha llegado por tradición oral y por mimetismo, desde Fernando padre, que enseñó a sus hijos; desde Manuel Jiménez, Chicuelo, el primero de estos años, y su retoño, decano de los matadores actuales, desde Manuel Calleja, Colón, y Francisco Piñero, Gavira, y Antonio Escobar, el Boto, y Marcial Lalanda, y Antonio Márquez, y el pobre Manuel Guerrero, y Cagancho, y El Niño de la Palma, y los Granillos de Triana, hasta los maestros de la actualidad, como Pepe Luis Vázquez y Antoñito Bienvenida, y los mozalbetes que son promesa casi segura, como Angel Luis, hermano del último de los nombrados, y Luis Miguel Domínguez y Pepín Martín Vázquez.

Bueno, dirá el lector, ¿y Josecito? ¡Fué enseñado personalmente por su padre! Yo me apresuro a decir que no, ya cualquier cosa se le alcanza la corteza de esta negativa en cuanto considere que



Antes de empezar la faena de tienta y derribo, el fotógrafo "sorprende" a Josecito, con su típica sonrisa

Fernando el Gallo murió cuando el último de sus hijos apenas si tenía veintisiete meses. ¡Habrà que creer, pues, en una herencia atávica, única que podía dejarle, puesto que carecía casi absolutamente de bienes de fortuna? Yo sigo diciendo que no, porque tengo para mí, según reflexiono en torno a cuanto me contaron del señor Fernando, que desde un punto de vista torero, Josecito no se le parecía en nada. Tenía la cara de gallo de todos los de su casta, y la color quebrada y las pupilas negras, húmedas y relucientes, como dos aceitunas capateras, y una mueca melancólica, casi crispada como un rictus, en los labios gruesos, y la propensión a engordar de todos los suyos —era un hipertiroideo, y el sabio doctor Ma-

rañón, tan grande escritor como médico, nos ha dicho con mucha luz y luminosas razones que los hipertiroideos pueden ser gordos..., pero no era ni enfermizo, ni débil, ni bajo de estatura. (Continuará)

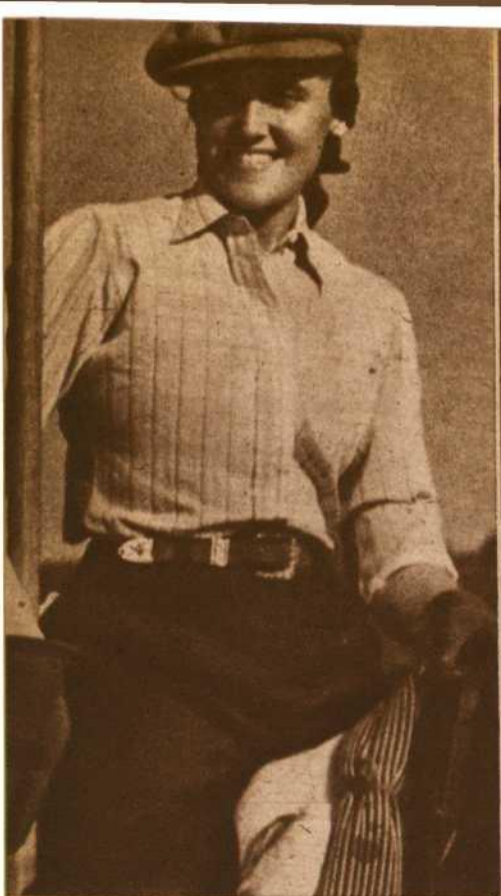
II
Jose Gómez, Gallo, que en sus primeras andanzas toreras se llamó Galito III, era en verdad el quinto entre los de su casta que usara el retador y jactancioso apodo —bien podíat— y el sexto y último hijo del matrimonio de Fernando Gómez y Gabriela Ortega, que ya habían tenido dos varones y tres hembras. El primer Gallo fué su tío José durante diecinueve años banderillero del gran Rafael Molina, Lagartijo, hasta que en 1884 una terrible enfermedad lo quitó del toreo, y del mundo de los vivos un año después, cuando cumplía los cuarenta y cinco de su edad. El segundo, que usó el alias en diminutivo, fué el padre de Josecito: el señor Fernando, le llamaban con admiración y respeto sus muchos discípulos. Cuentan de él que era un torero fácil, habilidoso, variado y pinturero, gran artista, que no ignoraba nada de su oficio y se movía ante los toros con muy buen donaire; pero dicen también que se movía con exceso, porque tenía más gracioso el continente que esforzado el ánimo. Fué el primero que hincó las dos rodillas en tierra para cambiar a un toro con el capote recogido, asiéndolo por una punta y la esclavina, y toreaba a una mano con mando y destreza, y era banderillero finísimo, y usaba un trasteo rico y suave, muy elegante, un trasteo musical con ritmo de danza reposada, marcando con airosos movimientos de la cabeza el compás de los pases; pero ni se acercaba para dominar al toro difícil, ni tenía la mano fuerte, ni arrancaba por derecho a matar. De él es la frase, refiriéndose a la reunión de la suerte suprema, de que sa quien no hace la cruz se lo lleva el diablo, de donde cogimos que estaba más atento a vaciar que a escribir, a esquivar el derrote que a quedarse con el toro, y como cuarteaba y pretendía a demás —error gravísimo— torear con la mano izquierda en el momento



Galito toreando en campo abierto. Al fondo, a vacada



Con su pelliza, durante un invierno soleado de Sevilla



Conchita Cintrón de garrochista, toma parte en las faenas



Conchita Cintrón con Juan Belmonte posan para el fotógrafo en un momento de descanso durante las faenas



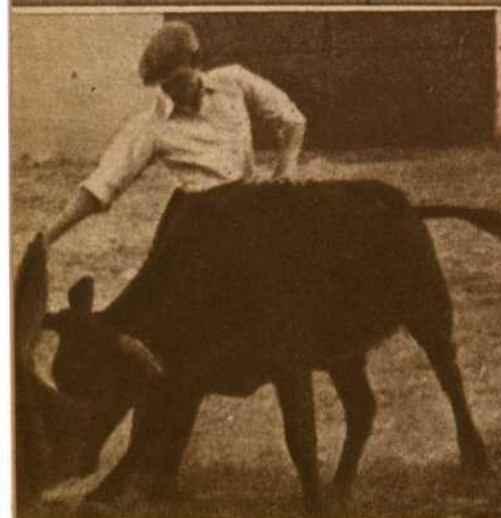
Junto al burladero de la placita, Conchita con Juan Belmonte esperan la salida de la becerria



Dos rejoneadores al habla: Conchita Cintrón, la gentil peruana, y Antonio Cañero



Dos muletazos de Conchita Cintrón, que echó pie a tierra



FIESTA EN GOMEZ CARDEÑA

"Tenía gana de ver torear de cerca a Juan Belmonte"

CONCHITA CINTRON con la capa y la muleta

EN Gómez Cardaña, el cortijo que Juan Belmonte posee al borde del viejo camino que va de Sevilla a Cádiz, y en el que pastan las reses de su ganadería y de la de su mujer, doña Julia Cossío, se celebró hace unos días una fiesta campera en honor de Conchita Cintrón, esta simpática rejoneadora, que ha sabido conquistarse en poco tiempo la simpatía y el afecto del público sevillano y que también en Madrid se ha hecho aplaudir por su pericia como caballista y, lo que es mejor, por su perfecto conocimiento de las reglas del toreo a caballo.

Entre los invitados a Gómez Cardaña —el grupo era tan reducido como selecto— se hallaba uno, don Antonio Cañero, el caballero cordobés, a quien se puede considerar como el auténtico restaurador del rejoneo a la española. Cañero, que actuó en muchas ocasiones con Ruy da Cámara, profesor y mentor de Conchita Cintrón, tenía gran interés en conocer de cerca a la rejoneadora peruana... Porque Cañero ya la había visto en el ruedo de la Maestranza, pero quería verla también, pie a tierra, toreando de capa y de muleta.

La fiesta resultó en extremo entretenida. Primero Conchita, formando pareja con Juan Belmonte, acosó y derribó unos novillos en pleno campo... Después, simuló unas suertes del rejoneo. Terminada esta primera parte del programa en la placita que, adosada al caserío de Gómez Cardaña, tiene Juan Belmonte, se encerraron unas becerrias y se formalizó la lidia a pie. Además de Juan Belmonte y de Conchita Cintrón, actuaron Juanito Doblado y el excelente aficionado sevillano don Antonio Jiménez.

En un breve descanso tuvimos ocasión de charlar brevemente con don Antonio Cañero, que acababa de felicitar cariñosamente a Conchita por su actuación.

—Realmente—nos dijo— es extraordinario el conocimiento que Conchita tiene de los toros. A caballo ya la había visto en la Maestranza, y me causó excelente impresión. Por supuesto, con un maestro como Ruy da Cámara era natural que la muchacha fuera tan magnífica jinete...

Y después, volviéndose a Ruy da Cámara, volvió a felicitarle por tan aventajadísima discípula.

F. N. G.



Conchita Cintrón, Juanito Doblado y el aficionado don Antonio Jiménez, en un intermedio



Belmonte toreando a su becerria con la capa y la muleta con su característico arte. (Fotos Luis Arenas.)



EL ARTE

Y

LOS TOROS

El españolismo de IGNACIO ZULOAGA y sus retratos de toreros

Por Mariano S. DE PALACIOS

HACE años, cuando por vez primera, ya realizada mi modesta formación estética y en posesión de un concepto más o menos auspicio del arte y de sus posibilidades, de las distintas formas creativas y de las diferentes escuelas, que a través del tiempo marcaron la tónica concepcionista de la época, hubo de enfrentarme con una obra de Ignacio Zuloaga, quedé un momento suspenso, un tanto inquieto y preocupado, aunque, en el fondo, jubilosamente, ante una pintura que valientemente, sin trabas de ningún género, rompía con el abuso clasicista y amanerado, con un género y estilo de pintura que venía monótonamente imponiéndose desde hacía tiempo, como si el arte, libre de cautelas y de dictaduras, no pudiera florecer sin sujetarse obligatoriamente a este o aquel procedimiento. Porque si el arte no es ni más ni menos que el modo de sentir y expresarse, la manera de ver, concebir e interpretar la forma y el paisaje, lógico es suponer que el pintor realice su obra dejándose exclusivamente llevar por su inclinación temperamental y por el impulso generador que alienta su sensibilidad y prepara y concibe su obra.

Zuloaga, rompiendo con el patrón único, encarbó la bandera de una independencia artística, y lanzándose por caminos nuevos, peculiares y privativos, demostró cómo la pintura, sin desligarse en un todo de las escuelas precedentes, sin olvidar las enseñanzas que marcaron los maestros, puede divorciarse de la línea principal, independizarse y crear su escuela; claro está que cuando esta escuela, con cimientos sólidos y firmes, no partándose de las buenas maneras de pintar, constituye un estilo o una enseñanza digna de tenerse en cuenta. Pero un estilo conatural y al mismo tiempo enraizado a los más puros esencialismos españolistas. Mas tan español en todos conceptos es Zuloaga, que nada puede ni pudieron las influencias extranjeras.

Ha estado en Roma, adueñándose y compenetrándose con los más puros esencialismos clásicos y artísticos. En Londres ha visto de cerca las grandes obras de la escuela inglesa y en París ha convivido en ese ambiente en que los nuevos métodos artísticos tratan de imponerse y abrirse paso a través de la indiferencia e incompreensión de los gentes. Ha viajado por Europa y América, ha recorrido el mundo y cada paso que da es como si su emoción española se agudizara haciéndose más firme y permanente.



Una visita al Estudio del gran pintor vasco en Madrid

Zuloaga es español fuera y dentro de su Patria, y cuando ya de regreso se enfrenta con Sevilla, con Andalucía en general y con su espíritu tan característico y hondo, tan encajado se siente de él, que alejándose de todo tema que no sea lo popular y racial, da a pintar escenas, costumbres y tipos de Andalucía y Castilla principalmente. Gitanos, toreros, hombres de pueblo, escenas impresionistas de villas y aldeas, mujeres de acusado perfil españolista, que por nada ha podido en él las influencias del ambiente y estilo extranjero. Tan atraído se siente el artista por lo popular y por lo típico, que en su obra pictórica, aun en el retrato, deja que los fondos o el asunto, el ambiente en sí de la obra, conserve todas las esencias costumbristas y todo el sentido español, que tiene a veces la bella actitud goyesca, la espléndida colorista de Velázquez o la fillosofía de un Greco, en cuyas tres manantiales bebió Zuloaga el agua purificadora de su arte incomparable. Y así, desde los tres retratos de Beltrán, bien conocidos, a los de Manolo y Ortega, que termina en la actualidad, pasando por los de los hermanos Albaladejo, queda bien patente y definido un estilo o camino pictórico que felizmente vino a exigir el arte español que ya se ahogaba falta de aire vitalizador y de juventud, asfixiado por el ambiente decadente de un siglo que no había sabido rebelarse contra los vicios y degeneraciones de una pintura carente de interés renovador y de las ansias de transformación que hábilmente tratan de imponerse en cada época.

Pero no creemos que Zuloaga, enemigo de los imitadores, tratara de realizar su «pirueta» en un época en que toda manifestación contraria resultaba detonante y efecista. No. Había que demostrar cómo, no toda innovación, cuando va acompañada por un conocimiento acusado y definido del arte, tiene que deslumbrar conquistando los espíritus más rebeldes. Y eso le pasó a Zuloaga. Inmune su escuela como no podía menos de ocurrir, porque en ella estaban representadas, sintetizadas y fundidas todas las mejores enseñanzas de la inmensal escuela de la pintura española. Escuela que sostiene con brío y fortaleza, con aquella misma fortaleza y empuje varonil de su juventud, cuando el pintor rebelde se batía en las Exposiciones de fuera y dentro de España con los pintores de una escuela enfermiza y caduca o las exaltadas maneras de unos revolucionarios de fin de siglo.

En esta mañana de mayo en que hemos visitado el Estudio del gran pintor vasco Ignacio Zuloaga, nos parecía, al admirar sus últimas obras, que todo el dominio de un arte y toda la gama maravillosa de su paleta nos hablaban de su vida consagrada al arte, de toda una sensibilidad todavía pujante y vigorosa, sin un desmayo y sin un titubeo; de toda la plenitud creadora de un artista que no envejece, como no envejece su arte y su pintura, tan lozana, juvenil y atroyente como la de aquellos días de lucha y de entusiasmo en el ambiente sonrosado de Italia, grisáceo de Londres o bellamente romántico y bohémico de París, en aquellos años primeros de este siglo que tantas sorpresas de todo género, y especialmente pictóricas, había de darnos.

DOMINGO ORTEGA tienta en Navalcaide



Domingo Ortega momentos antes de comenzar la tienta en su finca de Navalcaide, en la Sierra de Guadarrama.

PRADOS de Navalcaide, muy cerca de la Pedriza, aires del Guadarrama. Prados de hierba fina, la que muerden los toros. Prados de Navalcaide que señorea Domingo Ortega. Aquí está Domingo Ortega, con chaquetilla de paño negro, sombrero ancho, pantalón ajustado y altas botas. Aquí está con el capote en la mano, en el ruedo de la placita de tienta, con los ojos muy fijos en la puerta del chiquero. La voz se corrió en veinte leguas a la redonda. Se han desdoblado los recintos de Morazarzar y Cereda. Es fiesta en los campos y en las majadas. Hay tienta en Navalcaide. Torea Domingo Ortega. Y no cuesta nada verle torear. Las puertas del cercado de Navalcaide están abiertas para todo el mundo. Llegan en automóvil los invitados. Llega la gente campesina y la pueblerina. Hay tienta en Navalcaide. Ya se abrió el chiquero. Ya está la becerra en la placita. La becerra corre de aquí para allá. Domingo Ortega sale del burladero. Despliega el capote. Lo ve la becerra; acude. La becerra toma siete varas. Domingo Ortega coge la muleta. La tienta tiene dos fines. Comprobar la bravura del animal para el caballo y medir el temple de su embestida para el torero. Antes, cuando el arte de lidiar toros prescindía de la belleza atento a la eficacia, este temple de la embestida no existía para el ganadero. Ahora, cuando el toreo une a la eficacia la belleza, el temple de la embestida es condición primordial.

**

Y esta es la lección de Domingo Ortega. Torear uniendo la eficacia a la belleza. En la tapia circular que cierra la Plaza, el pueblo asiste al espectáculo. Una mozueta comenta: «Pa a mí que los animales le conocen». Y esto, mozueta serrana, es verdad, pero al contrario. Es Domingo Ortega quien conoce a los animales, sus resabios, sus defectos, sus querencias, sus cualidades. Hay que torear para el toro, no para el público, y entonces lo agradece el público y el toro. El público, porque siempre aprecia lo bueno; el toro, porque se entera en seguida de que tiene delante un torero, y cuando el toro siente esto ya no es un animal fiero; ya es la fuerza dominada por la inteligencia.



El que en un tiempo actuó de espada con el alias de El Pintor, en media verónica que le salió dibujada

Cuando el toreo une a la eficacia la belleza, el temple de la embestida es condición primordial



Ortega dando un pase de pecho a una de las becerras, que, como todas las tentadas, fué muy brava

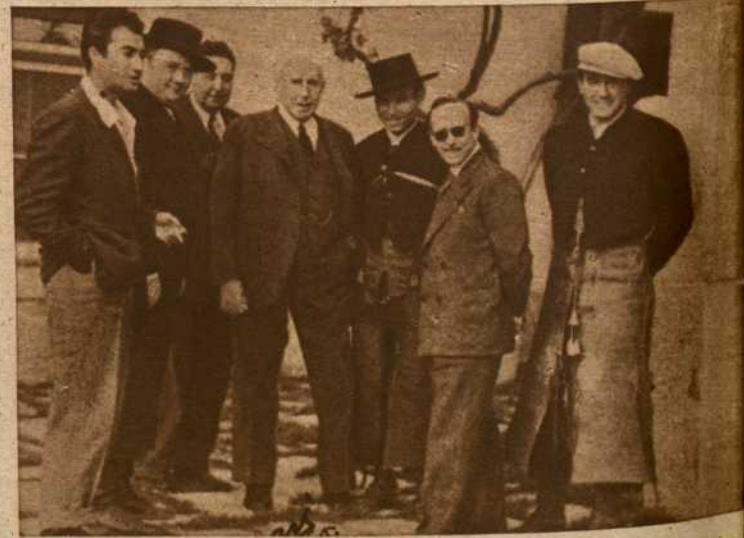
mejor corrida. Las becerras apenas tienen fuerza y las becerrillas pelan como si la tuyieran, y asistimos al experimento de la selección, al examen de unas abocadas becerrillas que quieren ser madres de toros bravos que honren la divisa y el hierro, y el examen lo preside un auténtico maestro, y el vino de Jerez que se reparte alegre los ojillos de los asistentes, que cuando se cansan de mirar al ruedo,

alzan la mirada a la Sierra, llena de piedras roqueñas, brillantes al sol como espejos partidos en miles de pedrazos. Estas becerrillas serán las madres de los toros, de



Don Ignacio Zuloaga, acompañado de Rafael Albaicín, a la puerta de la casa de Ortega en Navalcaide

Prados de Navalcaide, aires del Guadarrama, vosotros lo visteis. Mozuelas y campesinos, encopetados invitados madrileños, vosotros también. La tienta es aún más bella que la



Rafael Albaicín, Antonio Berdegú, Díaz Cañabate, Zuloaga, Domingo Ortega, Juan Cristóbal y Jaime Pérez

Fiesta en los campos y en las majadas

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

Ignacio Zuloaga, a los setenta y cinco años, torea con la ilusión de un chaval



Albaicín se adiestra y ensaya nuevos muletazos en la fiesta taurina celebrada en Navalcaide

Me sonrío y contemplo los prados de Navalcaide. Fuera de la placita, a la becerra recién tentada la están toreando unos cuantos aficionados; todos quieren ser toreros, porque todos quisieran ser dueños de Navalcaide. Les falta, sin embargo, un don precioso: la afición y la vocación. Domingo Ortega es dueño de Navalcaide y ahí sigue toreando una becerra y otra sin reposo, porque lo que a él le gusta no es ser dueño de la finca, sino torear. Y lleva dieciséis años de matador de toros, y vedle ahora; cuando ya tiene dominada a la becerra, le acaricia el pitón, el testuz, con mimo, con ternura. Esto es amor. El más difícil y complicado de los amores: el amor a la profesión que se eligió.

* *

Otro de los atractivos de las tientas es comprobar lo enormemente difícil que es torear. Como todo lo sencillo parece muy hacadero, después de leer un libro de Azorín o de ver torear a Domingo Ortega, todos creemos que nosotros podemos escribir o torear. Y muchos de los invitados se lanzan al ruedo. Y comprueban que su porvenir está en hacer oposiciones a notarias. Pero esta tarde hay una excepción. Don Ignacio Zuloaga ha toreado una becerra. Don Ignacio Zuloaga, con sus setenta y cinco años, no ha podido resistir a su afición, malograda en la juventud, pero latente toda su vida: torear. Y torea con la ilusión de un chaval y la perfección de un viejo torero. Torea por alto, quieto, erguido, no a la becerra que le dicen no tiene fuerza, sino a ésta que embiste con pujanza y la aguanta y la consiente, y la becerra pasa una vez y otra bajo los vuelos de la muleta del gran pintor, que en aquel momento no cambia su paleta gloriosa por la franela que engaña y conduce a la res. ¡Ah,



El empresario señor Pagés demuestra que para torear no hace falta vestir el traje de luces ni juntar los pies

esos toros que van a embestir igual que ellas. Aquí no hay trajes de luces, ni apenas sangre, porque ese hilito carmesí que corre por el lomo de la becerra, más semeja cintilla coquetona prendida en sus carnes en premio a su coraje. Aquí todo es sencillo y puro como el aire guadrameño. Aquí no muere nadie, si no es la tarde, que lentamente se va escondiendo tras los picachos de la Fuenfría. A mi lado, una señorita me interroga:

—¿Y tú por qué no toreas; no te animas viendo a Domingo Ortega?

don Ignacio, cuántos de los allí presentes le envidiaban a usted y no sus lienzos famosos, sino esos muletazos, dados con coraje, decisión y maestría! Y luego también torea Antonio Berdegú, aficionado de los buenos, que deja correr la mano en el natural con aire, gracia y valor. ¡Lástima que se retire de los toros en plena sazón! Y Jaime Pérez, que asombraría a los públicos matando con la mano zurda.

La tienta termina. Ya se van cantando, camino de sus hogares, mozuelas y gañanes, y esas viejas vestidas de negro, pequeñas, enjutas, apergaminadas, que quizá vieron torear a Frasuelo en Moralzarzar.



Domingo Ortega sujeta el bocado de su jaca, antes de comenzar su faena como garrochista (Fotos Mari.)



Ha terminado una de las fases de la faena de tienta, Ortega acepta una caña de manzanilla que le ofrece uno de los asistentes a la fiesta campera



Ortega, Jaime Pérez y Jaime Berdegú acompañan a una dama que asistió a la fiesta



¡Vayan ustedes a saber de lo que han hablado Pagés y Ortega! El empresario parece muy contento y el torero esboza una sonrisa

AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

Enrique Domínguez Rodiño

Seguía a JOSELITO desde los tiempos en que formaba con LIMEÑO la cuadrilla de "Niños Sevillanos"

ENRIQUE Domínguez Rodiño hace ya bastantes años que dejó los periódicos y la literatura para pilotar, con un excepcional conocimiento de la materia, adquirido en los Estudios extranjeros, naves cinematográficas que él ha sabido llevar siempre a buen puerto. Hoy Rodiño es una de las figuras preeminentes de nuestro cine, un gran propulsor de la industria española del celuloide. Y lo mismo ayer que ahora, Rodiño es un aficionado a los toros de los que no claudican. Desde que era un mozo, hasta convertirse en este respetable señor de blanco pelo que tenemos enfrente, Rodiño ha seguido todas las épocas del toreo. Y ni siquiera sus muchos años en el Extranjero, como corresponsal de "La Vanguardia", le hicieron olvidar sus entusiasmos por la fiesta brava. Estuviera en Londres, en Berlín, en París o en Buenos Aires, todos los veranos nuestro hombre se presentaba en Madrid.

—Aunque hubiera estado en la China, yo me las arreglaba de manera que, cuando empezaba la temporada, emprendía el largo viaje. ¡A Madrid! ¡A la Plaza! ¡A ver a Joselito!

AQUELLOS QUE LE GRITABAN...

—De Joselito, precisamente, me gustaría que habláramos.

—Yo le vi en Madrid la última corrida que toreó aquí, un día antes de ocurrir la tragedia de Talavera. Aquella tarde salí de la Plaza indignado.

—¿Por qué o por quién?

—Por la actitud de parte del público con aquella inmensa figura del toreo. Joselito había tenido una tarde poco afortunada; pero tampoco había fracasado, porque era un torero que no podía estar mal nunca. Aquella tarde fué despedido con gritos: "¡Que se vaya! ¡Que se vaya!" A mí me pareció injusto, y francamente, me indigné. ¿Qué ajenos estábamos todos a que, efectivamente, se iba a ir para siempre, y de manera tan trágica.

—Es la eterna: crear ídolos para luego destruirlos.

—Pero con Joselito no había derecho. Su muerte causó una impresión y una emoción enorme en toda España, pero sobre todo en Madrid. Toda la capital se conmovió en sentimiento, como un desagravio postero a la actitud de aquellos espectadores que le chillaron sin motivo un día antes de su cogida mortal. Por cierto, que acabo de ver en Sevilla la Exposición del Toreo, que es magnífica, y dentro de ella, donde más me he detenido, ha sido en la sala dedicada a José, que es interesantísima y se presta a toda clase de evocaciones.

RECUERDOS DE JOSELITO EN LA EXPOSICION DEL TOREO

—¿Y qué hay en esa sala?

—Hay allí, entre otras muchas cosas, un capote de paseo, completamente negro, con adornos de trenchilla, también negra. Es el que se puso José durante el luto por su madre, la señora Gabriela. También están la coleta y la castañeta; el traje que llevaba la tarde en que cortó la primera oreja en Madrid; otros trajes, cada uno de los cuales sirve para recordar una corrida memorable; un cartel de la trágica corrida de Talavera; estoques, objetos personales, trajes cortos y camperos; un dibujo muy bueno en el que está el pobre José de cuerpo presente...

LA INFLUENCIA DE BELMONTE

—¿Usted le conoció?

—Aunque yo no he convivido con toreros, sino en mis épocas de América, porque allí los españoles nos buscábamos unos a otros, a Joselito le conocí fuera de los ruedos, y conversé con él con frecuencia durante estancias mías en Sevilla. Era un muchacho simpático y modesto en su trato particular, por lo menos conmigo. ¡Ah! Y no tenía nada de gitano. Incluso su carácter era muy distinto al de su hermano Rafael.

—En aquella época, ¿era joselista?

—Joselista convencido, y... belmontista convencido también. En el sentido de competencia, la época de estos dos colosos no ha sido superada, ni es fácil que lo sea. Es más: Joselito cuajó en un



1910. Joselito y Limeño cuando eran los Niños Sevillanos

estilo; asimiló del toreo de Belmonte todo lo que le convenía aplicar al suyo, y de este modo, Juanito, Terremoto, fué su estímulo, su acicate, su pretexto, si usted quiere, para superarse más y más...

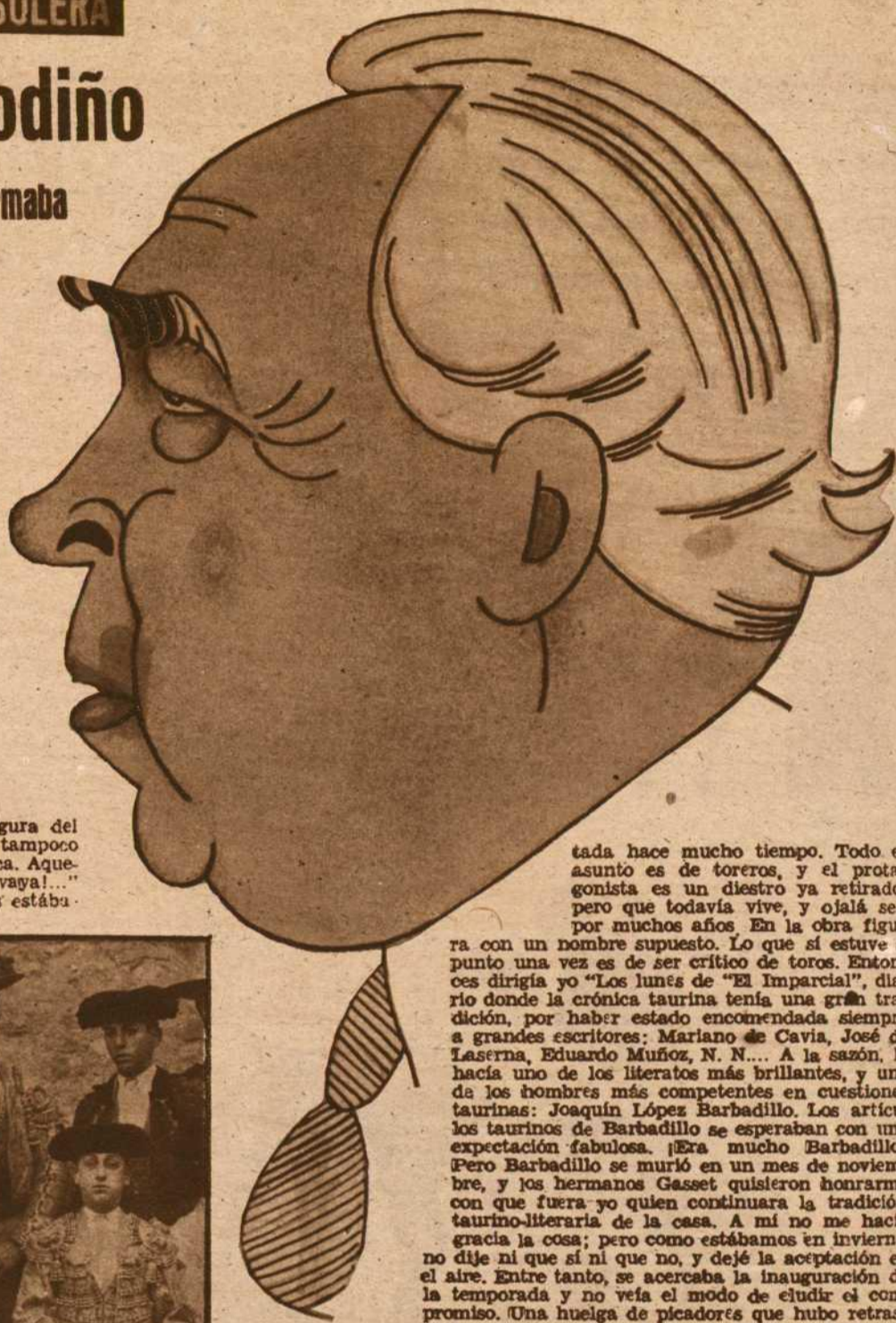
—¿Le vio usted ya de matador o alcanzó sus tiempos de novillero?

—Yo le vi desde el principio. Desde que con Limeño formaba la cuadrilla juvenil de los Niños Sevillanos. Limeño era un torero que prometía mucho, pero se apagó de manera incomprensible, y aunque tomó la alternativa un año después que Joselito, no llegó a ser figura como matador.

LA TRADICION LITERARIO-TAURINO DEL "IMPARCIAL"

—¿Ha escrito usted algo taurino?

—Una novela, hace años, "Rocio, la Pílar", ag-



tada hace mucho tiempo. Todo el asunto es de toreros, y el protagonista es un diestro ya retirado, pero que todavía vive, y ojalá sea por muchos años. En la obra figu-

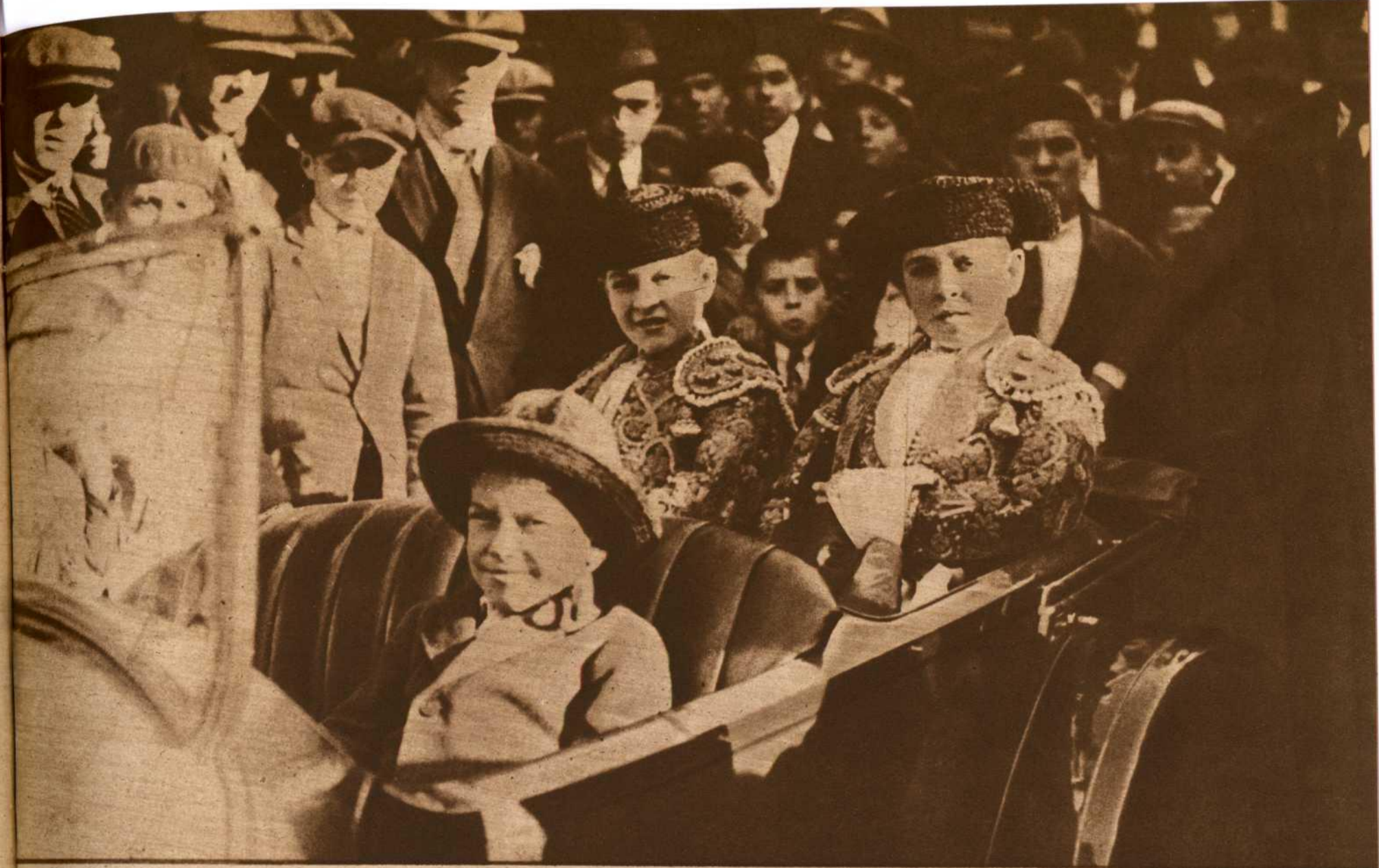
ra con un nombre supuesto. Lo que sí estuve a punto una vez es de ser crítico de toros. Entonces dirigía yo "Los lunes de 'El Imparcial'", diario donde la crónica taurina tenía una gran tradición, por haber estado encomendada siempre a grandes escritores: Mariano de Cavia, José de Laserna, Eduardo Muñoz, N. N.... A la sazón, lo hacía uno de los literatos más brillantes, y uno de los hombres más competentes en cuestiones taurinas: Joaquín López Barbadillo. Los artículos taurinos de Barbadillo se esperaban con una expectación fabulosa. ¡Era mucho Barbadillo! Pero Barbadillo se murió en un mes de noviembre, y los hermanos Gasset quisieron honrarme con que fuera yo quien continuara la tradición taurino-literaria de la casa. A mí no me hacía gracia la cosa; pero como estábamos en invierno, no dije ni que sí ni que no, y dejé la aceptación en el aire. Entre tanto, se acercaba la inauguración de la temporada y no veía el modo de eludir el compromiso. Una huelga de picadores que hubo retrasó la fecha inaugural casi un mes. Entonces, a finales de febrero y primeros de marzo, ya se daban novilladas. En ese mes, Graciano Atienza, que era el redactor jefe y estaba entorpecido de mis preocupaciones, descubrió a un muchacho de provincias y, juntos, leímos algunas de las crónicas que había traído. Estaban bien, muy bien. Y Atienza y yo nos las arreglamos para que pasara a ocupar la vacante por la muerte de Barbadillo. Fué así cómo Federico M. Alcázar entró en "El Imparcial" y cómo empezó su brillante carrera de crítico taurino en Madrid. Alcázar había de hacer unas crónicas de Joselito magníficas, y la que le dedicó después de su muerte era una hermosa pieza literaria.

NO PUDO SER MAS QUE LA FATALIDAD

—A propósito, ¿cómo se explica usted la cogida de muerte de un torero, que tanto sabía y dominaba, como José?

—Parece que se ha hecho la luz sobre el asunto. ¡Se ha hablado tanto sobre esto! Sin embargo, yo no lo he atribuido nunca más que a la fatalidad. Normalmente, era muy difícil que un toro cogiera a un torero como José. El toro que le ocasionó la muerte era burriciego, seguramente, y así lo confirman los que estuvieron con él en el ruedo aquella tarde fatídica. Joselito se distanció algunos pasos de él, y con aquella su confianza se puso a componer la muleta, sin mirar al toro. Y en este momento el toro le vió y se arrancó como una flecha, sin darle tiempo a defenderse. Debí ser algo así o muy parecido. Además, parece que no murió de la cornada, sino del shock traumático... Lo que le digo: una fatalidad...

RAFAEL MARTINEZ GANDIA



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

A la Plaza como dos hombres

EN un principio pudiera pensarse que esta foto correspondía a la galería de uno de esos puestos que andan por las verbenas, en las que un coche pintado sobre un lienzo, en el que también se han dibujado los cuerpos sin cabeza

de sus ocupantes, da lugar a que cualquiera pueda pasar por astro taurino o por aviador si lo

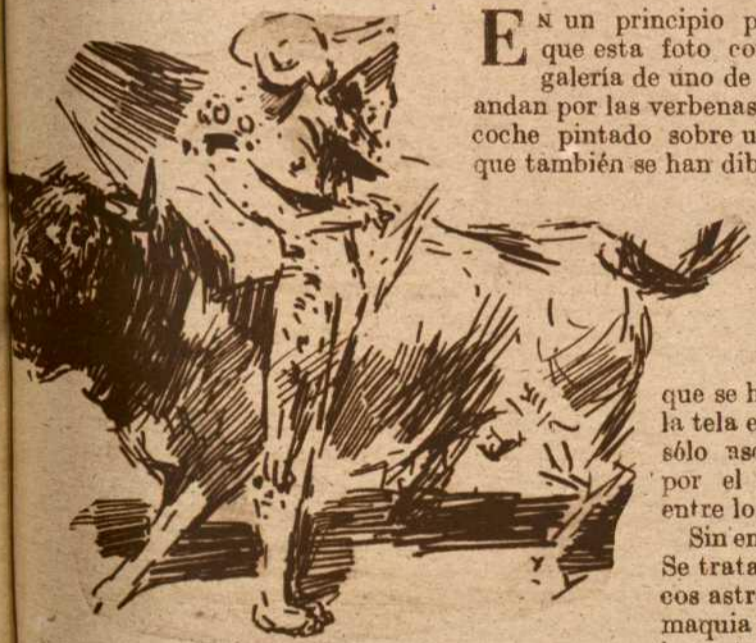
que se ha pintado sobre la tela es un avión, con sólo asomar la cabeza por el hueco marcado entre los hombros.

Sin embargo, no es así. Se trata de dos auténticos astros de la tauromaquia y que como tales se trasladan a la Plaza a dar una buena tar-

rece hasta mentira, les corresponde por entero, y aun más que a cualquier otro matador de primera fila, porque hay que ver lo que ellos saben hacer en el ruedo! Como el que más, se saben pasar al torito y con mayor gracia. ¿Pero ellos lo saben? Quizá no. Aun se creen estar jugando a los hombres y a los toreros. Ellos van a divertirse a la Plaza con un torito de verdad, en vez del carro empujado por otro compañerito de juego y ante quince o veinte mil espectadores que se sienten arrobados ante las proezas de los chavales, que ya hasta empiezan a recordar a algunas figuras que fueron mucho en la fiesta española.

Pero a ellos la expectación que despiertan no les sirve más que para contarla a los amigos de su misma edad. Lo demás, sin encontrarlo fácil, porque ellos aun no saben de dificultades, no les importa. Están en la edad en que se empieza a soñar las aventuras y ellos viven una muy grande, sin saber aún si es que la están soñando. Es tan grande la imaginación infantil, que cuántas veces nos hemos visto envueltos en la aureola de los héroes.

Pero ellos ya están rodeados de esta atmósfera en la realidad, y aunque ni Manolito ni Pepe sepan si esto es cierto o quimera, como seguro lo dan, y por eso sus redondas caras de niños revisiten, entre el público que les acompaña en su salida del hotel hacia la Plaza, esa seriedad que ellos creen debetener el torero que sale para la Plaza a despachar seis bichos, y si pueden, a cortarles las orejas.



de de toros a la afición. Manolito y Pepito Bienvenida —dos chicuelos que apenas si suman entre los dos los años de un mocito—, que ya son toreros porque lo fueron ya al nacer, en un cochecito hecho a la medida, con sus trajes de luces, su capote de paseo y su monterilla, muy serios, conscientes de su misión y halagados por ella, rodeados por un público ávido de contemplar a los fenómenos, dan sus rostros añados al objetivo fotográfico al salir del hotel camino de la Plaza de Toros. Igual que las figuras, lo mismo que los hombres, y sin embargo, parece cosa de juego. O más bien un día de Carnaval en el que dos niños, por capricho de los papás, salen a dar su paseo entre las máscaras, para optar al premio de las infantiles.

Las cosas de los toros. Sí, las cosas, porque toda esta seriedad, que pa-

MUERTE DEL ESPARTERO

PERDIGON, colorado, ojo de perdiz, de la ganadería de don Eduardo Miura...

FUE EN MADRID EL 27 DE MAYO DE 1894

Por DON INDALECIO

QUE poquitos son ya los aficionados en activo que vieron en los ruedos a Manuel García Cuesta, el Espartero! Y sin embargo, no habiéndole visto, los actuales aficionados sentimos una simpatía romántica hacia el valeroso "Maoliyo el de la Alfalfa" cada mayo que llega, y a nuestras imaginaciones vuelven los ocho caballos que arrastraban la fúnebre carroza —"todos llevaban plumero"—; una divisa verde y negra; un toro, de nombre Perdigón, y una camilla muy cubierta, llevada a hombros por unos moceones, sollozantes, individuos de la cuadrilla de Manuel, que enfilaba, al anochecer del 27 de mayo de 1894, por la calle de la Gorguera, ayer; de Nuñez de Arce, hoy.

¿Cuántos toreros, célebres toreros, cayeron en una tarde trágica del mes florido? Muchos... Y algunos de calidad más firme e indiscutida que la del Espartero. No obstante, transcurridos unos cuantos aniversarios, aun a los amigos del "¡Alerta a la efemérides!", se les escapó alguna conmemoración, y, al llegar junio, se dieron cuenta de que el mes de mayo se les había ido sin orlar de negro unas líneas evocadoras.

—¿Cómo!... ¿Se pasó mayo y no hemos recordado a Manolet Granero?

—Señor...; pero si estamos ya en junio, ¿y cómo no hemos recordado en nuestras columnas que Barbucho casi hizo picadillo a Joséfa Delgado?

Si algún esparterista, real y efectivo, queda sobre la haz de la tierra, que no sienta el enojo porque en las columnas de un semanario profesional o de una revista no taurina, pero de las que llevan monos, dejase de evocar en el primero, en el segundo, en el quincuagésimo aniversario, uno por uno, la mortal cogida de Manolo García por aquel Perdigón de don Eduardo, ni que al cinc del fotógrafo dejase de ir la cara ancha, de labios gruesos, pelo espeso y sonrisa triste, del contrincante, "a su pesar", de Rafael, el Guerra.

El Espartero se enfrentaba con los toros con dos cosas "que se vencían del lado izquierdo": una muletilla muy chica y un corazón muy grande. A través de los años, a lo largo del medio siglo, arrastrada la escoria de su toreo corto, de su torpeza innata y no vencida, de sus desiguales méritos para hacerle cara a una de las columnas fuertes sobre las que descansa la historia de la torería cívica —Rafael Guerra y Bejarano—, quedan esas dos cosas: la muletilla y el corazón. ¿Les parece a ustedes poco? Porque en realidad, de verdad, nadie en frío podrá ya sostener, al hacer historia, que Maoliyo, el Espartero, era competidor de talla para ganarle la pelea a Guerrita, el lidiador ancho y largo, con férreas facultades y la cabeza sobre los hombros, colocada allí para algo más que para sostener la montera. Y en los ruedos no se la ganó. Pero, ¿estaremos demasiado seguros de que no se la gana ya al emborronar cuartillas



El mausoleo donde descansan los restos de Manuel García, el Espartero, en Sevilla

de año en año? Por lo pronto, así, dicho sea de sopetón, sin verles la cara, yo hago una pregunta a mis lectores de este momento:

—Díganme, sin consultar anuarios ni estadísticas: ¿en qué día y en qué año murió Rafael Guerra, Guerrita?

En la sala no se oye el volar de una mosca. Algunos "alumnos" se miran de hito en hito, por si por alguna parte llega el soplo... ¡Y nada!

—V ahora, a ver, igualmente, sin consulta de textos, ¿en qué día, mes y año, ocurrió la muerte del Espartero?

Y atrpalladamente, en tromba, de carrerilla, como el Padrenuestro, me contestarán todos ustedes a coro:

—Manuel García Cuesta, el Espartero, murió en Madrid el 27 de mayo de 1894; le dió la cornada mortal el toro Perdigón, de don Eduardo Miura; alternaban con el desgraciado espanta Carlos Borrego, Zocato, y Antonio Fuentes Zurita. Maoliyo vestía de verde y oro, con cabos negros.

—Bien. Muy bien. Sobresaliente a todos. Pero, ¿saben ustedes igual toda la historia del toreo?

—¡No! ¿Qué va? Pero todo lo referente a la muerte de Maoliyo, el Espartero, sí. Se trata de la desaparición trágica de un torero romántico. Y, además, hemos leído esto tantas veces... Primer aniversario, undécimo aniversario, trigésimosexto aniversario...

Para hilvanar estas cuartillas, que recuerden el quincuagésimo primer aniversario, pongo unos cuantos documentos sobre la mesa: ese trágico parte facultativo, autorizado con la firma del doctor Fuertes, jefe de servicio en la enfermería madrileña, y una instantánea de los corrales de la desaparecida Plaza madrileña, donde está, a su izquierda, el Perdigón, de Miura, quizá rumiando un poco de hierba, quizá rumiando su mala intención.

Y como documento también una colección de "El Toreo", el acreditado y serio semanario de Madrid, abierta por el número 1.076, de su año XXI, fecha del 31 de mayo, número siguiente al que publicó la trágica reseña. En este otro número aparecen datos de la vida y muerte de Manuel; en su primera página, un retrato del pobre lidiador, recuadrado de luto; y en la página segunda, sin darle importancia, estas tres líneas, referentes al toro criminal: "El toro Perdigón, que mató al Espartero, era el más joven de los lidiados el domingo. Pesó, en el desolladero, 382 kilogramos".

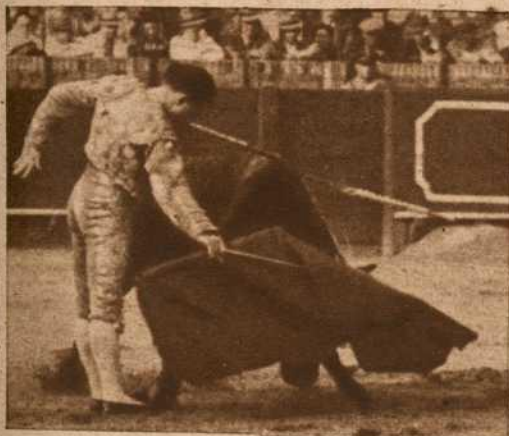
Distraigo mi vista del amarillento periódico; la fiijo, sin saber por qué, en un diario cualquiera de fecha actual, y leo "Dirección General de Seguridad. Por falta de peso en las reses lidiadas en la Plaza de Tal ha sido sancionado el ganadero señor Cual..." Y quito de allí la vista y cierro la colección de "El Toreo".

EL DOMINGO, EN SEVILLA

Novillos de Bernaldo de Quirós para Rafael Llorente, Antonio Toscano y Manuel Moreno, El Coli



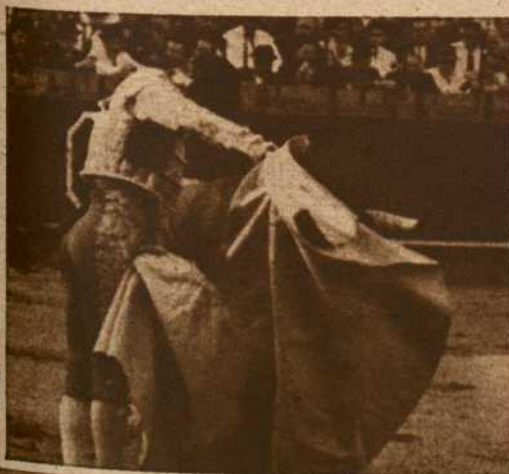
Los matadores, al frente de las cuadrillas, dispuestos para salir al ruedo



Rafael Llorente en un derechazo al toro que cortó la oreja



Un pase de Toscano en la faena de muleta. Abajo: El Coli, en un lance de capa (Fots. Arenas.)



LA PLAZA DE TOROS DEL TRIUNFO, EN GRANADA, VA A SER DERRIBADA

Se inauguró en 1880 y actuaron en dicha corrida Lagartijo, Frascuelo y Cara-Ancha



Vista aérea de la Plaza del Triunfo, de Granada, que va a ser derribada. (Fot. Torres Molina.)

La Plaza de Toros del Triunfo, de Granada —la Plaza vieja, como vulgarmente le llamamos los aficionados—, va a ser derribada. Desde hace algunos años, es cuestión batallona entre el Municipio y los propietarios la demolición de este circo taurino. Enclavada al final de la Gran Vía de Colón y al comienzo de la avenida de Cáliz Sotelo, necesidades urbanísticas de primer orden exigen su derribo. En su solar se proyecta la construcción de un Colegio Mayor Universitario y otros edificios de carácter docente.

La necesidad de su derribo es bien patente, y aunque con nostalgia, los granadinos hemos de ver desaparecer sin pena esta Plaza del Triunfo, pues para solaz de nuestra afición queda en parajes inmediatos, levantada por la iniciativa del que fué valiente matador de toros José Moreno, Lagartijillo Chico, uno de los más bellos circos taurinos de España: la nueva Plaza en la avenida del Doctor Oloriz, de capacidad superior a éste que ahora cumple sus últimos días.

La Plaza de Toros del Triunfo fué inaugurada el 3 de abril de 1880. No es, pues, muy antigua; cuenta ahora sesenta y cinco años, la vida ordinaria y feliz de un hombre vulgar. Vino a sustituir el antiguo coso de la Real Maestranza, que se levantaba en el mismo sitio y que fué destruído por un incendio en 1876; y que tuvo a los granadinos sin fiestas de toros durante tres años consecutivos. Era aquélla una rancia Plaza de madera, donde grabados antiguos nos hablan de las muertes de Perucho de Málaga y de Antonio Romero, de la gran dinastía de los Romeros de Ronda.

El primer toro que saltó al anillo de la Plaza del Triunfo fué de la vacada de Miura, como los cinco restantes, y los espadas que la inauguraron, Lagartijo, Frascuelo y Cara-Ancha. El éxito que suponía para los granadinos la nueva Plaza, el aliciente de las corridas y la fama de los espadas, hizo que tanto en la corrida inaugural, como en la celebrada el siguiente día, 4 de abril, y en la que se corrieron toros de Laffite, se agotaran las entradas. La famosa competencia de Lagartijo y Frascuelo se inició en este circo, y en la primera tarde hubo un toro, Malagracia de nombre, de la ganadería de Miura, que tomó dieciséis varas y permitió a Frascuelo hacer una faena en la que lució su proverbial valentía. Después, al través de los años, sobre su gris anillo lucieron los espadas más famosos y su ámbito está lleno de recuerdos que ahora la piqueta ha de esparcer en sólo la letra impresa y en la memoria de los viejos granadinos.

Más de ciento veintitrés corridas de toros se han celebrado en ella y un más del doble de novilladas y funciones menores. Y caso notable de buena suerte es destacar que en el desfile de los años sólo tres toreros han muerto a consecuencia de cogidas sufridas en ella: Atarfeño y los modestos banderilleros Nicolás Quero Metralla y Antonio Caro Valencia. Estas y la muerte de un espontáneo que saltó al ruedo y fué gravísimamente corneado son las únicas notas tristes entre la sinfonía de colores de los triunfos que todos los espadas obtuvieron en ella. Tuvo la Plaza del Triunfo su época de esplendor. Fué en los años que sus propietarios compitieron con la Empresa de la nueva Plaza de Toros, pues un domingo y otro se sucedían los espectáculos con excelentes carteles y precios que ahora nos parecen de ilusión: tres pesetas valía la entrada de sol a una corrida de toros, y 95 céntimos un boleto para una novillada picada.

Como detalle curioso que merece fijarse, figura el que en sus sesenta y cinco años la Plaza del Triunfo sólo ha sido testigo de una ceremonia de alternativa. La que confirió Antonio Moreno, Lagartijillo, al almeriense Antonio Guerrero, Guerrerito, en el año 1896.

Desde 1928, en que se inauguró la nueva Plaza de Toros, el circo del Triunfo vive más que nada de recuerdos. Una que otra novillada, tal que cual espectáculo cómico taurino, y en su soledad iluminada espera un día y otro la llegada de su hora postrera, para ser un recuerdo lleno de añoranza en todos los aficionados que vieron en su arena gris y en su ámbito luminoso las proezas de los toreros de otras épocas.

NOVILLEROS ESPAÑOLES, A MEJICO

LUIS MATA, EL BONI, PACO LARA Y EL YONI, atraviesan el Atlántico, guiados por la ilusión de triunfar



El Boni, Luis Mata y Paco Lara, antes de salir para Méjico

UN grupo compuesto de cuatro novilleros se dispone a cruzar el Atlántico. Los cuatro ansian poder imponer en las tierras mejicanas su maestría y su arte, única forma de volver trayendo gloria y dinero.

La designación de estos muchachos no es caprichosa. Al solicitar nombres la Empresa mejicana se le envió una relación de los que iban las hojas de méritos de catorce novilleros. Cuatro fueron los elegidos: Luis Mata, El Boni, Paco Lara y El Yoni.

Antes de partir he sostenido una conversación con estos cuatro muchachos, que ya no necesitan presentación para el público español, pues de sobra son conocidos.

Todos muestran un excepcional estado de ánimo y Luis Mata —ese torero que viene manteniendo su honrra y decisión a través de un camino lleno de dificultades— me cuenta—entre las que se cuentan siete graves cogidas—, está dispuesto a hacer las cosas bien del todo, por lo que un día antes de partir ha contratado matrimonio.

—Este viaje —me dice— colma mis más risueños proyectos. Pienso dejar un buen cartel en Méjico, única forma de que pueda volver a España en plan de figura destacada.

Este valeroso novillero va a gozar en tierras aztecas de un protector y consorcio de excepcional categoría. Nada más ni nada menos que Rodolfo Gaona.

El Boni me cuenta que ha pasado tres o cuatro meses de intenso entrenamiento en los tentaderos de Arévalo, Sánchez Cobaleda, Miguel del Corral, Fonsaca y otras. Está listo, a él torero fino, ir con una dosis de capacidad que esperamos le dé los arcos suficientes para triunfar en aquellas tierras.



El Yoni, con Manfredi y Morales, en la estación. (Fots. Manzano.)

Otro de los toreros —Paco Lara—, al que la adversidad en forma de cogidas no temió, pero si demoró el triunfo definitivo, nos dice:

—Parto para Méjico tan impresionado como si saliese a luchar en Madrid. La corte de los muertos, y en particular la de la stacita de platos, estamos tener amigos en todas las costas del mundo, y espero que Méjico no será la nota excepcional. Mi ilusión por allá es tanta, que aun renunciándome, no he vacilado en aceptar el contrato.

—Pero, ¿no va estropeado en fabulosas condiciones?

—Verá usted, El contrato es superior a los que hasta ahora se ajustaron con los matadores de novillos. Pero con la fecha inicial de embarque era noviembre, resulta que hemos perdido siete meses e incluso, ante esta incertidumbre, abandoné el contrato en España, y bien podría ahora llevar diez corridas toradas.

—¿Cuándo niegas regresar?

—Cuando me falten los contratos. Nadie va a un banquete para salir con hambre. ¿Para estar de mirón...? ¿a mi Madrid de mi alma!

Y ahora toca El Yoni, cuya ilusión y arrebato no son menores que la de los otros tres; mienta su experiencia en su campaña por tierras americanas y cree que con un poco de suerte podrá optar por la alternativa. Por lo pronto va con cuatro corridas contratadas a ocho mil pesos cada una, siendo por cuenta de la Empresa los gastos de cuadrilla y el pasaje de regreso. Y como contara a su felicidad, desearía que su repatriación en España coincidiera con la salida de la cuadrilla de su alternativa.

NUESTRA CONTRAPORTADA

ROQUE MIRANDA, RIGORES

Por BARICO



NACIO Roque Miranda en Madrid el 16 de agosto de 1799. Sus padres estaban empleados en la servidumbre de la Casa Real, y accediendo a las solicitudes del chico, permitieron que éste recuentera la escuela de tauromaquia que Jerónimo José Cándido había establecido en el Matadero. En 1815 salió Roque con Jerónimo, en calidad de banderillero, a torrear fuera de Madrid, y en 1816 se presentó como peón en el coso madrileño. En 1817 actuó como medio espada fuera de Madrid, con

Cándido y el Merencillo. Formó después cuadrilla para actuar en Plazas de Castilla y Aragón, y en 1820 fue contratado como medio espada en Madrid.

Liberal, formó parte de la milicia, con el grado de alférez, desde 1820 a 1823. En Sevilla, en una corrida de toros, a la que asistía la Familia Real, pidió el público que torcase Miranda. Este, que, de servicio en la Plaza, estaba entre barreras, saltó al ruedo, vestido de uniforme, y banderilló y mató un toro de Vázquez, que correspondía a Juan León.

Al recuperar sus poderes Fernando VII, Roque no se atrevió a volver a Madrid y fijó su residencia en Pinto. A fines de 1824 volvió a la capital de España, y en 1826, seguro de que no había prevención alguna contra él, frecuentaba los lugares públicos y consiguió algunos contratos en diferentes Plazas castellanas. En 1827 toreó en Aragón y Navarra.

En 1828 la esposa de Miranda, valiéndose de algunos parientes que pertenecían a la servidumbre de Palacio, consiguió una audiencia de Fernando VII, quien, por una Real orden con don Tadeo Calamarde dirigió al corregidor de la villa, autorizó a Rigores a torrear en Madrid. El 20 de octubre de 1828 salió al ruedo madrileño y recibió la alternativa de manos del Embalsador, que era absolutista. Luis Ruiz y Manuel Parra alternaron con los citados diestros.

En 1828 se contrató en Madrid para corridas extraordinarias, y en las dos temporadas siguientes volvió a actuar en Madrid. A partir de 1831 consiguió torrear en las principales Plazas españolas, y durante los seis años siguientes se mantuvo en excelente posición.

En 1836, mercedada ya sus facultades físicas, cedió su puesto de antigüedad a Francisco Montes. En 1839 sólo toreó tres corridas, y en 1840, el Ayuntamiento de Madrid le nombró administrador del Matadero, cargo que le proporcionaba ingresos más que suficientes para vivir con decoro; pero en 1842, después de ceder su fuero de antigüedad a Juan Yust, como lo había hecho con Montes, el día 6 de junio salió a torrear, con Cúchares, ganado de los duques de Osuna y de Veragua. Aunque Curro había alternado ya en Madrid, Roque Miranda le cedió la muerte del primero, y al ir a pasar de muleta al segundo, llamado Bravío, fue comecado contra tablas y sufrió dos heridas muy graves en el muslo derecho y muchas contusiones. Después, al parecer, volvió a actuar en la misma Plaza en los días 8 y 24 de octubre, alternando con Montes y el Chiclanero, y tuvo un gran retroceso en su carrera, debido principalmente a la violencia de la lrega. Tras sufrir mucho, y después de haber padecido tres dolorosas e inútiles operaciones, falleció el 14 de febrero de 1843.

Se contaban de él graciosas ocurrencias. Refería Juan León que, apurado Miranda con un toro luido y bastante entero, al que había pinchado nueve o diez veces, fué avisado por un banderillero de que el presidente había mandado sacar la media luna. Roque, que no veía modo de acabar con el bicho, contestó: «¡Ojalá viniera hasta la Puerta Otomana!».



DESPUÉS DE UNA GRAN FAENA EN LA QUE DERROCHÓ ARTE Y VALOR, BRINDA A LA CONCURRENCIA CON EL FAMOSO LICOR

CALISAY

PIDA AURORA Y BEBERA MANZANILLA

ALVARO DOMECCO, ENFERMO

El domingo toreó en Lisboa y, a causa de la alta fiebre, no pudo terminar su brillante actuación



En la corrida que se celebró el domingo en Lisboa, en la que se lidiaban diez toros de Coimbra para los rejoneadores Simao da Veiga, Nuno y Alvaro Domecco, y los diestros Silverio Pérez y Pepín Martín Vázquez, el rejoneador jerezano hizo el viaje enfermo, a pesar de lo cual salió al ruedo, luciendo su arte de gran caballista y rejoneador, siendo ovacionado por el público que llenaba la Plaza, que le obligó a dar la vuelta al ruedo.

Al retirarse para cambiar de caballo, cayó desvanecido al suelo. Trasladado a la enfermería, se le apreció una fiebre de 40 grados, que le impedía, según prescripción facultativa, continuar la lidia. A pesar de lo cual el valiente caballero jerezano mostró vivos deseos de continuar su actuación. Deseamos un pronto restablecimiento para poder admirar de nuevo su arte en los ruedos.

DEL TOREO A CABALLO

Agil y graciosa la jinete...

Por JOSE CARLOS DE LUNA

HEMOS visto, admirado y aplaudido, a la señorita Cintrón, montando a la brida un esposito caballo flor de romero. Agil y graciosa la jinete, mucho más que el caballo —y perdónesen las forzosas comparaciones—, se nos mostró valiente y habilísima rejoneadora dentro del marco más o menos discutido de la técnica portuguesa.

Llegó a nosotros su fama de caballista, engarzándose en la de consumada lidiadora a pie, y así nos lo aseguran quienes la vieron torear en la placita donde el marqués de Villamarta tienta su ganado.

En la lucha que sostuvo con la estoposidad del caballo ante las veloces y porfiadas arrancadas del novillo de Garcigrande, quedaron bien patentes el ánimo y las facultades físicas de esta mujercita que encierra en la figura de su cuerpo un corazón como una casa. Y seguro que, si se lo permitieran, también triunfará en el toreo a la moda, dándonos ocasión de aplaudir, sin reservas, y ofrendar nuestro entusiasmo a la gracia estatuaría de su feminidad. Nos parece prudente que de manera general se prohiba el espectáculo de una mujer jugándose la piel —¡nunca el pellejo!— por dinero; pero cabrían las excepciones, y en el caso de Conchita Cintrón, si nosotros fuésemos la autoridad competente permitiríamos que se luciera a pie, sin que el brete en que pusiera a muchos hombres restara un ápice al culto que debemos y rendimos al sexo débil.

Nos quedamos con las ganas de verla, muleta en mano, consintiendo a aquel toro bravo y codicioso que se quedó para el caballo cuando más nos interesaba la caballista.

Vaya por delante nuestra admiración, aunque comentemos un poco su escuela.

No discutimos que la monta portuguesa —antigua escuela española alzaprimada por los Austria—, es aptísima para el rejoneo; y desde hace muchos años vienen practicándolo los lusitanos, con gustoso sabor y colorismo.

Aquellos giros y corvetas a distancia excesiva, y los grandes círculos descritos en

derredor del peligro, a caza de oportunidades que lo soslayaran casi totalmente, se ajustan hoy a prácticas de mucha más emoción, porque afrontan el riesgo provocándolo con graciosa insistencia. Y esta nueva técnica del rejoneo precisa caballos ágiles, elásticos y ligerísimos; cualidades todas que nada valen dentro del ruedo, si no están sometidas y dominadas.

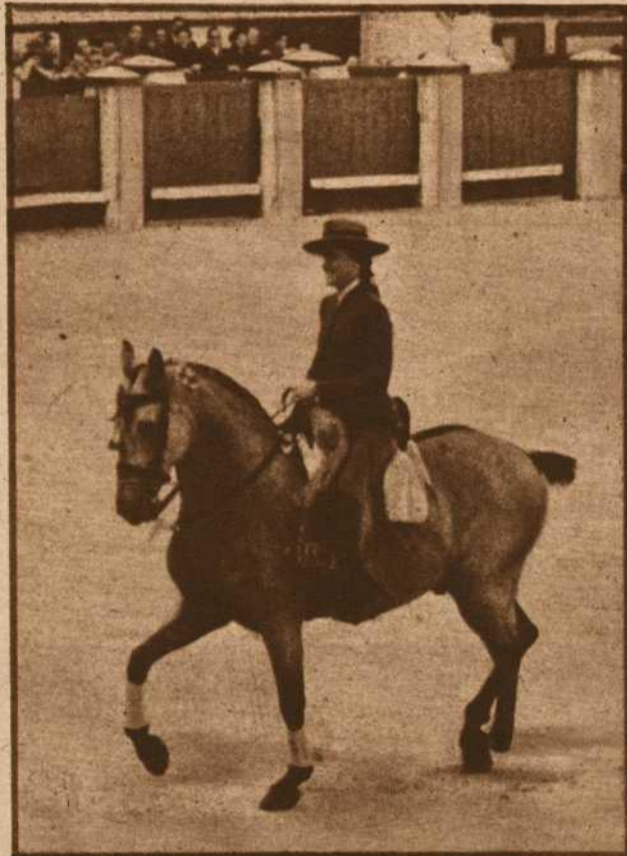
Ganarle terreno a utrerros o cuatrefios con casta y sacudidos de carnes, en las primeras arrancadas, no es fácil para un caballo algo tardo de reacciones; y Conchita Cintrón lo consiguió con el suyo, frío, y duro

de cuello, al que dominaba indiscutiblemente, aunque trasluciese más de la cuenta, la porfiadísima pelea. Fué milagro que la primera de las dos veces que corrió al toro por derecho, no cayera el caballo tocado ligeramente en el corvejón de la pata izquierda. Y como la suerte de reiones no depende sólo de la decisión y voluntad del jinete, más y más destaca el mérito de esta muchacha.

¡Cómo nos acordamos de Antonio Cañero! El fué el que trajo las gallinas cifiendo la teatralidad un poco

huera de los «caballeros en plaza» a una técnica donde la emoción es constante, porque constantemente se provoca el peligro para burlarlo, abriendo así los cauces por los que en la actualidad discurre el arte de rejonear.

No sabemos lo que más capte a los públicos: si la lucha dura y porfiada, o esa compenetración, por decirlo así, de jinete y caballo, que culmina en la extraordinaria monta de Alvaro Domecco. Quizá sea lo primero, porque la difícilísima facilidad de lo segundo, aparenta una exclusión del peligro. Pero en esa sencilla elegancia, tan fácil y hacendera para el que no cabe en su enjundia, estriba la máxima belleza del espectáculo, sin tramoya que lo mixtifiqué; en esa señorial invitación que incita, esquiva y ejecuta como si el jinete, el caballo y el toro conviniere, tras múltiples ensayos ofrecernos el argumento de una tragedia acomodado a los compases de un minué.

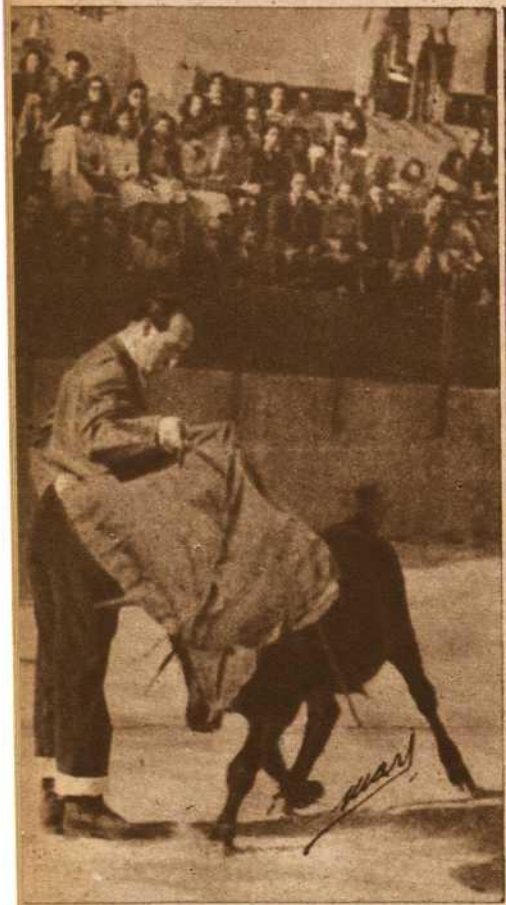




Las cuadrillas haciendo el paseo en la plaza de las Ventas



Mantillas enmarcando bellos rostros en la presidencia de la corrida

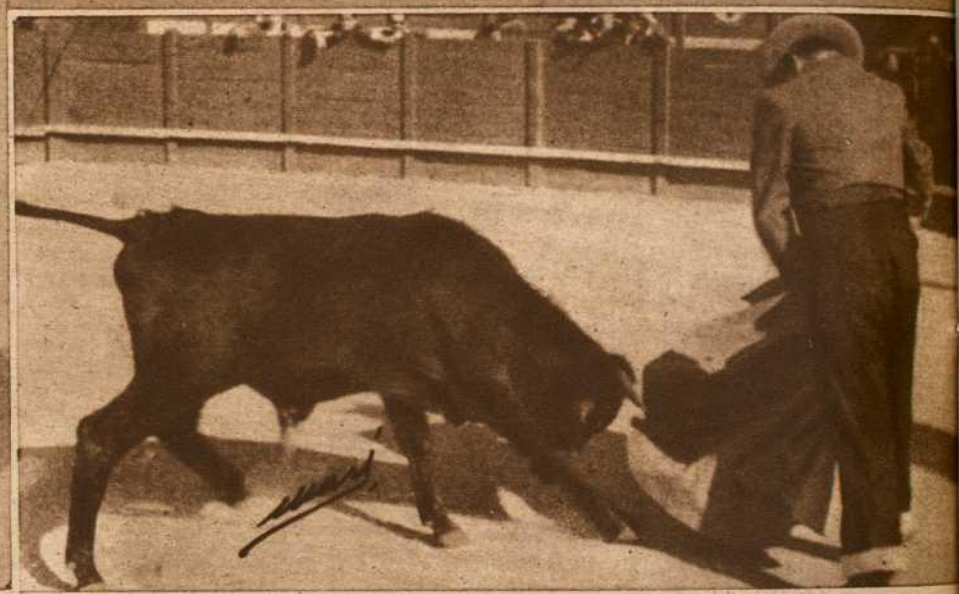


Javier Barroso emula las glorias de su paisano Manolete en esta manolete



En esta tarde el torero que lleva dentro Barroso ha triunfado sobre el cartabón y el tiralíneas del arquitecto

FESTIVAL TAURINO
 organizado por la Escuela de Arquitectura
 Triunfo de Javier Barroso



Una verónica en la que Barroso recarga la suerte con gracia y sabor.— Abajo: De lejos, erguida la figura, la muleta en la izquierda, ¡asi se cita al natural! Un pase por alto pleno de dominio



Tres fotos, en las que varios de los "ases" taurinos que intervinieron en el festejo muestran sus habilidades ante el becerro. (Fots. Mari.)





A la plaza
(Dibujo de Perea)



Toreros célebres: Roque Miranda